LOS ORIGENES DEL PANGERMANISMO

POR

CHARLES ANDLER

★

Preliminar y Traducción de

LUIS ROQUE GONDRA

Profesor de Economía Política de la
Universidad de Buenos Aires

★

BUENOS AIRES
TALLERES GRAFICOS "LA VANGUARDIA"
1940

FE DE ERRATAS

Página 8, en la línea 16, dice *reciente;* debe decir *antiguo.*

Página 11, en la última línea, dice *seguir no;* debe decir *no seguir.*

Página 21, en la última línea, dice *inlamables;* debe decir *inflamables.*

Página 22, en la línea 6, dice *mucho atrás;* debe decir *mucho tiempo atrás.*

BUENOS AIRES
TALLERES GRAFICOS "LA VANGUARDIA"
1940

LOS ORIGENES DEL PANGERMANISMO

POR

CHARLES ANDLER

*

Preliminar y Traducción de

LUIS ROQUE GONDRA

Profesor de Economía Política de la Universidad de Buenos Aires

★

BUENOS AIRES
TALLERES GRAFICOS "LA VANGUARDIA"
1940

PRELIMINAR

1. El autor de esta traducción, fruto quizás algo mezquino de sus ocios literarios, la dedica especialmente a los germanófilos argentinos de buena fe y raza no germánica, para que sepan el desprecio que les tienen consagrado los escritores y representantes del pangermanismo, cuya enseñanza, de más de un siglo, se ha inculcado a escoplo y martillo en las cabezas alemanas, con tan monótona repetición de sus temas, que ha llegado a ser en ellas como la expresión de la más alta sabiduría histórica, política, económica, religiosa, etcétera.

También espera el autor de la traducción que con la lectura de la misma, —aunque sobre este particular no se forja ilusiones,— puedan estimar de algún modo el cielo que los nazis les tienen prometido (para decirlo como el místico anónimo), si el progreso de la herramienta naval y militar pusiese a nuestro país en "la esfera de acción" de aquéllos: caso que espera suceda para las calendas germánicas.

La magistral introducción *de Andler, profesor que fué de lengua y literatura alemanas en la Facultad de Letras de París, no necesita ser presentada. Cualquier lector medianamente culto puede, a su simple lectura, comprender ahora la significación real de los comunicados y acontecimientos que llenan las columnas telegráficas de los diarios, y la intención, antes recóndita y hoy confesada sin rodeos, de organizar una* nueva Europa *que, con los remiendos y adaptaciones inevitables, no es otra cosa que el viejo amaño pangermanista, de lo que ya parece haberse percatado el compinche Stalin.*

2. Pueden advertirse sin dificultad los dos grupos bien definidos de pangermanistas, a saber, los prudentes como Federico II y Bismarck, los dos únicos hombres de genio, que acariciaron la posibilidad de realizar el proyecto de una hegemonía germánica, contenida dentro de límites firme y cautelosamente fijados para no perderlo todo; y los extremistas de "la más grande Alemania", —que suelen cubrir de injurias y tachan de medrosos a los primeros,— los que forjaron el mito revolucionario del Pangermanismo, para conmover y arrastrar a la gran masa de los filisteos alemanes, en la que prevalece un espíritu de obediencia casi milenaria, impuesto por dictaduras indígenas o extrañas, y al que los escritores pangermanistas llaman disciplina social. *En esa masa se reclutan los ejemplares más representativos de la demagogia totalitaria (nazi, fascista, comunista:* tutto c'e la stessa roba) *desde el falsete agudo de la presuntuosidad racista, hasta los registros más graves de la total ausencia de escrúpulos, que suele despacharse so capa de patriotismo.*

Rasgo común de unos y otros es el desprecio de las razas *no germánicas (así dicen ellos), es decir, de los latinos* degenerados, *según les califican, eslavos, amarillos, negros y cobrizos, sobre los cuales ha de predominar algún día el arianismo puro de la raza germánica, predestinada por Dios, según el pangermanista Paul de Lagarde, para ejercer imperio sobre las otras.*

Sería ingenuidad emprender a demostrar que la raza no es un hecho histórico sino un concepto abstracto bastante discutible, que no hay razas puras, habiendo fracasado todas las tentativas de definirlas, y que los presuntos arios *no son otra cosa que una conjetura lingüística de quienes se dedican a tales estudios y esparcimientos. Bien lo saben los antropólogos y filólogos alemanes de los buenos tiempos, quiero decir, de los tiempos en que ellos podían opinar libremente sobre estas cosas, sin exponerse a una temible insinuación de la Gestapo.*

El pangermanismo, como sus hermanos carnales de medio pelo, el fascismo y el comunismo, engendrados todos ellos

por diferentes padres putativos en un mismo lecho marxista, son, como diría George Sorel, imágenes de lucha y acción futura, mitos revolucionarios, como lo fueron en el pasado la revolución social y la huelga general revolucionaria, hoy arrumbados en los desvanes demagógicos por el estrago del tiempo. Sirven para lo que sirvieron éstos antaño: para que las manadas de adeptos, pobres búfalos, dice Andler, a la voz de los amos, arremetan contra los comederos de los rivales y los limpien, a fin de que aquéllos puedan ocuparlos.

Después de lo dicho, resulta ocioso agregar que las mentadas preponderancias *y* predominios *de que da cuenta la historia del mundo no se deban a luchas de razas sino de naciones, y sus resultados, más o menos considerables, conducen siempre a la decadencia de los vencedores, en períodos más o menos prolongados. Por esto, un eminente historiador alemán, Ricardo Mayr, propone dividir la historia del comercio mundial en eras, éstas en edades y éstas en períodos, denominando a estos últimos por el nombre del pueblo que ejerció la preponderáncia comercial. Y así distingue: el período oriental antiguo* (4000-850 *a. C.); el período helénico cartaginés* (850-146 *a. C.); el romano* (146 *a. C.* - 527 *de C.); el bizancio islamítico* (527-1096); *el ítalo-hanseático* (1096-1492); *el hispano-portugués* (1492-1600); *el holando-británico* (1600-1815), *y el británico-americano* (1815 - x). (1)

3. En general, este desprecio de supuestas razas inferiores es chifladura común de los pueblos anglo-sajones y germánicos. Pero aquéllos, aleccionados (y a veces duramente) por la experiencia, han terminado por desistir de sus alardes de superioridad, y avenirse a tratar a sus clientelas extranjeras y coloniales en un riguroso pie de igualdad, distinguiendo solamente a los países importadores de los exportadores de capitales, y entre aquéllos, a los que cumplen de los que no cumplen sus obligaciones y compromisos financieros.

---

(1) R. MAYR, *Storia del Commercio, etc.*, pág. 3, Milán, 1915.

2. Pueden advertirse sin dificultad los dos grupos bien definidos de pangermanistas, a saber, los prudentes como Federico II y Bismarck, los dos únicos hombres de genio, que acariciaron la posibilidad de realizar el proyecto de una hegemonía germánica, contenida dentro de límites firme y cautelosamente fijados para no perderlo todo; y los extremistas de "la más grande Alemania", —que suelen cubrir de injurias y tachan de medrosos a los primeros,— los que forjaron el mito revolucionario del Pangermanismo, para conmover y arrastrar a la gran masa de los filisteos alemanes, en la que prevalece un espíritu de obediencia casi milenaria, impuesto por dictaduras indígenas o extrañas, y al que los escritores pangermanistas llaman disciplina social. *En esa masa se reclutan los ejemplares más representativos de la demagogia totalitaria (nazi, fascista, comunista:* tutto c'e la stessa roba) *desde el falsete agudo de la presuntuosidad racista, hasta los registros más graves de la total ausencia de escrúpulos, que suele despacharse so capa de patriotismo.*

Rasgo común de unos y otros es el desprecio de las razas *no germánicas (así dicen ellos), es decir, de los latinos* degenerados, *según les califican, eslavos, amarillos, negros y cobrizos, sobre los cuales ha de predominar algún día el arianismo puro de la raza germánica, predestinada por Dios, según el pangermanista Paul de Lagarde, para ejercer imperio sobre las otras.*

Sería ingenuidad emprender a demostrar que la raza no es un hecho histórico sino un concepto abstracto bastante discutible, que no hay razas puras, habiendo fracasado todas las tentativas de definirlas, y que los presuntos arios *no son otra cosa que una conjetura lingüística de quienes se dedican a tales estudios y esparcimientos. Bien lo saben los antropólogos y filólogos alemanes de los buenos tiempos, quiero decir, de los tiempos en que ellos podían opinar libremente sobre estas cosas, sin exponerse a una temible insinuación de la Gestapo.*

El pangermanismo, como sus hermanos carnales de medio pelo, el fascismo y el comunismo, engendrados todos ellos

por diferentes padres putativos en un mismo lecho marxista, son, como diría George Sorel, imágenes de lucha y acción futura, mitos revolucionarios, como lo fueron en el pasado la revolución social y la huelga general revolucionaria, hoy arrumbados en los desvanes demagógicos por el estrago del tiempo. Sirven para lo que sirvieron éstos antaño: para que las manadas de adeptos, pobres búfalos, dice Andler, a la voz de los amos, arremetan contra los comederos de los rivales y los limpien, a fin de que aquéllos puedan ocuparlos.

Después de lo dicho, resulta ocioso agregar que las mentadas preponderancias *y* predominios *de que da cuenta la historia del mundo no se deban a luchas de razas sino de naciones, y sus resultados, más o menos considerables, conducen siempre a la decadencia de los vencedores, en períodos más o menos prolongados. Por esto, un eminente historiador alemán, Ricardo Mayr, propone dividir la historia del comercio mundial en eras, éstas en edades y éstas en períodos, denominando a estos últimos por el nombre del pueblo que ejerció la preponderáncia comercial. Y así distingue: el período oriental antiguo* (4000-850 *a. C.); el período helénico cartaginés* (850-146 *a. C.); el romano* (146 *a. C.* - 527 *de C.); el bizancio islamático* (527-1096); *el ítalo-hanseático* (1096-1492); *el hispano-portugués* (1492-1600); *el holando-británico* (1600-1815), *y el británico-americano* (1815 - x). (1)

3. En general, este desprecio de supuestas razas inferiores es chifladura común de los pueblos anglo-sajones y germánicos. Pero aquéllos, aleccionados (y a veces duramente) por la experiencia, han terminado por desistir de sus alardes de superioridad, y avenirse a tratar a sus clientelas extranjeras y coloniales en un riguroso pie de igualdad, distinguiendo solamente a los países importadores de los exportadores de capitales, y entre aquéllos, a los que cumplen de los que no cumplen sus obligaciones y compromisos financieros.

---

(1) R. MAYR, *Storia del Commercio, etc.*, pág. 3, Milán, 1915.

De ahí ha resultado el espléndido espectáculo del Imperio británico, sociedad de naciones independientes, vinculadas por tradiciones, sentimientos e intereses comunes, Confoederatio latissima, *como la quería Frantz para los pueblos de raza germánica, en que Inglaterra dejó hace ya tiempo de ser metrópoli, —concepto a que los pangermanistas continúan ciegamente aferrados,— para trocarse en madre-patria, que sus hijas han corrido a defender con fuerzas imponentes. Tal es hoy esta grande organización del futuro, que no lograrán vencer los alemanes, con sus doctrinas anacrónicas de dominación racial y poderío puramente material.*

4. Basta hojear cualquier libro de historia económica, el clásico e insospechable estudio de Mayr que acaba de citarse, por ejemplo, para comprobar que la historia de las Hansas con que se pavonean los pangermanistas fué sólo un episodio (no el más importante, desde luego) de la formación del mundo moderno, en los albores del capitalismo. Como acontecimiento específicamente político-comercial, las ligas Hanseática y Riniana fueron precedidas por las repúblicas italianas del Mediterráneo, Amalfi, Pisa, Génova y Venecia. De esta última, durante el apogeo de su comercio de Levante, los hanseáticos y rinianos, fueron, con su Fondaco de' Tedeschi, *—donde trabajaron como* sensali *(corredores) artistas célebres, Gentile y Giovanni Bellini y el Tiziano,— clientes y protegidos de los venecianos.* (1)

El gran movimiento del capitalismo proviene de las Cruzadas y del restablecimiento de las relaciones mercantiles entre las escalas de Levante y el Occidente europeo. Este movimiento de transformación espiritual y material se hallaba en su apogeo a mediados del siglo XIII, y había estrechado las múltiples relaciones de interdependencia social y religiosa, po-

---

(1) R. MAYR, *Stor. del Commercio,* págs. 88-105.

lítica y económica entre las distintas regiones de la Europa central y occidental.

Como quiera que se explique, —y las conjeturas unilaterales van desde la de W. Sombart, que lo atribuye principalmente al aumento de las rentas del suelo, correlativo de la emancipación de los comunes, durante los siglos XI y XII, hasta la de R. Davidsohn, que da importancia decisiva al incremento de las ganancias del comercio y de la industria, después de las Cruzadas,— lo evidente es que nada tiene que ver con aquel grande movimiento de transformación el factor étnico, ni mucho menos que la contribución de los pueblos germánicos fuera comparable con la de los pueblos latinos del Mediterráneo, cuyo influjo decisivo pusieron en evidencia otros dos eminentes historiadores alemanes de los buenos tiempos de libertad espiritual y política, W. Heyd y A. Schaube. (1)

5. La preocupación de pueblos y razas superiores o inferiores, de pueblos y razas progresistas y pueblos y razas en estado de descomposición o corrupción, es el rasgo más persistente de la presuntuosidad y del desprecio con que los países acreedores o exportadores de capital suelen tratar a los importadores o deudores. La verdad es que tal presuntuosidad no tiene de ordinario más fundamento que una ignorancia, ya proverbial, de los primeros respecto a la geografía y la historia de los segundos. Por lo demás, este orden de relaciones es muy tornadizo; y así, es probable que, después de esta guerra, de la que vencedores y vencidos saldrán extenuados, se truequen los papeles, *y éstos vayan a parar, de manos de los acreedores a las de los deudores.*

Para las personas que no conocen las interioridades del capitalismo *—palabra muy prostituída por los macaneadores,*

---

(1) K. KASER, *Il Basso Medio Evo*, págs. 83-92. Firenze, 1925. Véase también una exposición sintética en L. R. GÓNDRA, *El descubrimiento del nuevo mundo y la conquista de América Española*. Primera parte: Formación del mundo moderno. Buenos Aires, 1936.

y por aquello de que las palabras meretriculae*— no serán inoportunas las siguientes explicaciones.*

Toda empresa de ocupación y explotación económica de un territorio, es decir, toda empresa industrial o comercial, como quiera que se realice, necesita una acumulación previa *de ahorro y la transformación ulterior de éste en capitales, maquinarias, materias primas, capital circulante o monetario, con que se pagan los* anticipos *de la producción,* a cuenta *del producto futuro, etc.*

La masa total de ahorro disponible, para todo país que no se halle en estado de miseria o depresión crónica, depende de la previsión *de riquezas futuras, esto es, del grado de cultura general, y de las fluctuaciones del* ciclo *económico, con sus cuatro fases de prosperidad, receso, depresión y renacimiento de los negocios; y es más abundante en los países densamente poblados y de más reciente desarrollo industrial, que en los países menos poblados y de más reciente desarrollo industrial. Los primeros, se dice, son países* exportadores; *los segundos,* importadores *de capitales (humanos, mobiliarios, monetarios). El interés que se paga por el uso de los capitales es comparativamente más alto en éstos que en aquéllos.*

No se crea, sin embargo, que los países exportadores realicen, a expensas de los importadores, tan grandes negocios como supone la imaginación popular. Las inevitables fluctuaciones del ciclo de los negocios permiten compensar las pérdidas y beneficios ínfimos de unos años o ejercicios con las grandes ganancias de otros; y a la larga, como lo demuestran estadísticas depuradas de más de ciento cuarenta años, los prestamistas o ahorradores *obtienen a duras penas la restitución o amortización de los capitales prestados y el interés corriente. Y de esta ley se ha demostrado que no se escapan ni los usureros, cuyos intereses feroces incluyen altísimas primas de seguro, para cubrir los enormes riesgos que corren.*

Lo demás es leyenda con que se explota o trata de explotar —no siempre con éxito— la credulidad de prestamistas o ahorradores incautos, "argomento di sogno e di sospiri", co-

mo decía el poeta, para filisteos famélicos, e inagotable fuente de mitos revolucionarios (comunistas, nazistas, fascistas ad altri*) para uso de bandas temibles que pescan a río revuelto en tiempos de convulsión social. Todo ello sin contar con las suspensiones de pago,* nacionalizaciones *y* bloqueos *de capitales: rebatos gigantescos a veces, con que en esos mismos tiempos, los* especuladores, *las clases* activas *de las más novedosas teorías monetarias, escamotean bonitamente los dineros de los* rentistas *o clases* pasivas *de estas mismas teorías, con muy graciosas metalepsis y argucias que torturan los textos legales más claros, para hacerles decir lo que no dicen, como demostraba el lobo al cordero el derecho que tenía a devorarlo. Y los lobos de todas las razas, de todos los sementales demagógicos y de todas las regiones, son siempre lobos, y nada más que lobos.*

No hay pueblos puros ni pueblos corrompidos. El fondo popular de todos los países, donde reside originariamente, y de donde toda autoridad emana, según la clásica doctrina de Santo Tomás de Aquino, no se corrompe nunca (Summ. Teolog., 1, 2, c. CV, a. 1). *Es esto lo que suele expresar la sabiduría de la sentencia popular:* vox populi, vox dei. *Se corrompen, en cambio, y se disgregan, los grupos gobernantes; y este proceso de descomposición se realiza, probablemente, con mayor celeridad en los regímenes totalitarios que en los regímenes democráticos. El despotismo no puede prolongarse indefinidamente; mientras que la libertad política, —y otro tanto ha de decirse de la económica,— tiene, como dice un gran escritor contemporáneo, vitalidad perpetua, y se regenera continuamente a sí misma.* (1)

Sea lo que fuere, la historia del siglo XIX enseña profusamente que tal expresión de presuntuosidad es la herida por donde resuellan los países acreedores, cuando sus deudores no les pagan; y entonces pagan justos por pecadores. South Ame-

(1) M. PANTALEONI, *Erotemi di economia*, vol. II, págs. 81-82. Bari, 1925.

rica, les sauvages americains, *son las manifestaciones más frecuentes de este despecho de los acreedores europeos, generalmente ingleses, franceses o belgas. Declaro ignorar cuál es la manifestación alemana correspondiente. No ha de haberse difundido tanto como las otras, sin duda, porque el capitalismo germánico, más reciente que sus congéneres, no ha participado tanto en esta clase de negocios de los países denostados. Dejemos a los germanófilos la ilusión de que este capitalismo ha de ser más bondadoso que los otros.*

Debe decirse, sin embargo, que el desdên de los acreedores ha estado, en lo que va del siglo, expuesto a percances, que a veces asumen formas campanudas de nuevas teorías económicas y sociológicas. En 1896, Vilfredo Pareto escribía: "Se dijo, cuando la República Argentina colocaba empréstitos en Europa, que la estadística de exportación daba al parecer cifras mayores que las que debieron inscribirse... Las personas que poseen tierras en la República Argentina, en España, etc., apenas tuvieron quejas por daños inferidos a su propiedad, en tanto que las que importaron moneda en esos países fueron en parte *despojadas por el curso forzoso".* (1) *Agreguemos, para mayor claridad, que las dos formas de la expoliación eran, para los acreedores del exterior, la* suspensión del servicio de la deuda pública, *eufemismo con que se decoraba y decora, el hecho de no pagar lo que se debe, y para los acreedores del interior, el* curso forzoso, *otro eufemismo con el que se disimula elegantemente, el de pagar uno, verbigracia, por lo que se debe pagar dos o tres; o como dice el mismo Pareto el hecho de restituir un buey con la fotografía del animal.*

Tal era hacia 1896, la opinión corriente en Europa, sobre la seguridad de los capitales monetarios prestados a los países deudores. Después de la gran guerra de 1914, el eminente economista se vió forzado a variar su opinión. Porque los daños

---

(1) V. PARETO, *Cours d'économie politique*, vol. I, núms. 515 y 546. Lausanne, 1896. (La bastardilla no pertenece al texto).

parciales que habían sufrido aquellos capitales en América del Sur eran ínfimos, comparados con las rapiñas gigantescas de las suspensiones *del servicio de las deudas de guerra, y de las* inflaciones *monetarias que, después de aquélla, debieron soportar los rentistas del viejo y del nuevo continente.*

"Desde los orígenes de la historia hasta nuestros días, escribió entonces Pareto, se observa que jamás, ni antes ni ahora, se mantuvo incólume durante períodos largos la propiedad privada. (1) *Las censuras implacables que antes se propinaban a los países de* South America *se transformaron así, en la mente del insigne pensador, en nuevas teorías sociológicas, sobre la propiedad, la moneda y la circulación de las aristocracias, fundadas en la distinción marshalliana de período* breve *y período* prolongado. *Las minúsculas rapiñas hispanoamericanas necesitaron de la experiencia europea de nuestros días, para elevarse a la categoría y dignidad de doctrina sociológica.*

Hay que decir, por último, en honor a la verdad, que los ejemplos más significativos de estas formas de expoliación, fundamento de la nueva doctrina paretiana, se vieron, no en South America, *que, en general, cumplió como buen deudor, sino en los pueblos de la privilegiada raza germánica, que, como cualquier deudor de tres al cuarto, se quedaron con lo ajeno, encubriendo el afano con las consabidas metonimias,* socialización, nacionalización, expropiación *(no pagada, naturalmente),* bloqueo *de los capitales recibidos en préstamo, regadas todas ellas, con las abundantes lágrimas de cocodrilo que los descontentos y vencidos de 1918 derramaron sobre los Tratados de Versalles.*

Estas deben ser, seguramente, las grandes dotes de capacidad y administración por las cuales, según el pangermanista Federico List, han demostrado los pueblos de raza germana su gran superioridad sobre los de las otras razas. Y, con esto, basta y sobra para seguir no ocupándonos de él. Sería grotesco,

---

(1) V. PARETO, *Fatti e teorie*, pág. 130. Firenze, 1920.

en verdad, tomar en serio los chistes alemanes, *dignos de Frantz y Fritz, de este pedantón insufrible, que llama "ciencia del crecimiento de las naciones" a la economía política, y afirma con gravedad cómica haberla descubierto, decenas de años después de Cantillon, los fisiócratas, Adam Smith y David Ricardo, y que pretende proyectar hacia el futuro las curvas estadísticas, por la más extravagante de las extrapolaciones, con ignorancia matemática sólo comparable a su ingenuidad.*

Se comprende, pues, la admiración de los filisteos alemanes por este personaje de sainete que tanto halaga la vanidad nacional. No es, en cambio, explicable que un historiador de la talla de Treitschke desarrolle profusamente su teoría del Estado-potencia, *sofisma indigno de su inmensa cultura, si no debiéramos ver en ella un recóndito propósito de propaganda política y militar.*

El Estado es potencia, y nada más que potencia, pero ésta sólo se prueba en la guerra. En la paz, pues, el Estado no es potencia y, por tanto, no es Estado; o es potencia comparable a la de la ballena vieja y desdentada del poeta Bartrina, que no se atrevía ya a subir a la superficie en busca de peces chicos con que alimentarse, los cuales, por respeto a la tradición, bajaban al fondo del mar, a dejarse devorar por ella. Y si el Estado es vencido en la guerra deja de ser potencia y, por consiguiente, de ser Estado. Parturiunt montes nascetur ridiculus mus.

6. Nada hay más característico del genio inglés que la distinción marshalliana de período breve y período prolongado (long and short periods). *Si se trata de un período breve, podemos sin mayor arbitrariedad considerar que ciertas fuerzas sociales y económicas son constantes y no influyen sobre un hecho determinado; o no influyen sobre determinadas variaciones del mismo. En cambio, si se busca la tendencia que, en definitiva, prevalece dentro de un período de tiempo suficientemente prolongado, es erróneo admitir la constancia de aquellas fuerzas.*

El elemento tiempo, *dice Marshall, es la causa principal de aquellas dificultades que en las investigaciones obligan al hombre, con sus facultades limitadas, a ir avanzando paso a paso, dividiendo la cuestión compleja en varias partes, estudiando sólo una de éstas a un tiempo, combinando finalmente los resultados parciales. El estudio de un grupo de tendencias se aísla mediante el supuesto de que las demás circunstancias permanecen iguales.* (1)

Era esta flema británica la que, a mediados del siglo XIX, durante una época en que las condiciones sociales y políticas de Inglaterra eran muy parecidas a las de los países despreciados por los pangermanistas, ponía en solfa Dickens, recordando festivamente el Ministerio de las Circunlocuciones, *el más importante de todos los ministerios, pues sin su conocimiento e intervención, no se podía despachar negocio alguno. Si se llegaba, por ejemplo, a descubrir una segunda conspiración de la pólvora, treinta minutos antes de la hora fijada para poner fuego a la mecha, nadie se consideraba con derecho a impedir que volase el edificio del Parlamento, antes que aquel ministerio hubiese nombrado una comisión tras otra, y expedido centenares de informes oficiales. (Ch. Dickens,* Little Dorrit, *1848).*

7. Es forzoso admitir que este método, irreprochable en los períodos de tranquilidad, o cuando se trata de estudiar fenómenos muy complejos, no es adecuado en tiempo de guerra, ni mucho menos permite fundar previsiones, así sea de lo que sucederá mañana o diez años después.

Si se trata de lo que puede ocurrir de un día para otro, ni siquiera es lícito admitir que las demás circunstancias permanecen sin variación. Porque éstas, por efecto mismo del hecho estudiado, están cambiando con celeridad que el mismo

---

(1) A. MARSHALL, *Principios de Economía*, lib. V, cap. V, núm. 2.

observador ni siquiera sospecha. A esto se debe, probablemente, la facilidad con que ciertos críticos militares de reconocida tendencia germanófila previeron la derrota de Francia, mientras los vencedores se vieron muy sorprendidos por la facilidad de su victoria.

El observador se halla expuesto entonces, no a formular una previsión, sino lo que tal cual vez desea que suceda según sus propios sentimientos; lo que él dice para su coleto: ojalá suceda. Tal es el tipo de sofisma que prevalece en los comentarios y consideraciones de los pangermanistas y de algunos críticos militares. No se trata de previsiones sino de deseos, expresiones de ojalatería económica, política y militar, como se dijo en España, festivamente, en los días de los pronunciamientos.

8. Los hechos prueban que las fuerzas sociales y económicas no despliegan sus efectos inmediatamente, sino en períodos de tiempo más o menos prolongados. Los efectos inmediatos *de aquellas fuerzas pueden diferir y difieren en general de los efectos finales o remotos, según sea el conjunto de datos o condiciones que, en el transcurso del tiempo, se sustituyen o agregan a los originales. Estas condiciones nos ayudan a comprender las peripecias de la gran guerra de 1914, los efectos inmediatos de sus primeras operaciones, opuestos a los de las últimas o finales; como nos ayudan también a comprender las primeras operaciones de la guerra presente, que acaso no es más que una continuación, separada de aquélla por una larga tregua de veinte años, fruto de muchos errores y debilidades, y que el historiador futuro denominará tal vez:* Segunda guerra de Treinta años.

Aunque beligerantes y no beligerantes (la neutralidad es un concepto anticuado que nadie respeta) continúan la política de sus antecesores, con independencia de las formas institucionales, como la historia moderna y contemporánea lo evidencia, esta lucha gigantesca, a la que los no beligerantes no podemos permanecer ajenos, es el choque de dos grandes con-

cepciones de la vida y de la historia, y de su desenlace depende, sin duda, el caudal común que llamamos civilización. En esa lucha están comprometidas las mentalidades de dos grandes grupos predominantes, a saber, la que representa el llamado sistema institucional totalitario, *que antaño se llamó simplemente comunista o colectivista, y la que representa el sistema democrático, propio de los gobiernos representativos, con todas las fallas de que unos y otros adolecen y los diferencidn de sus respectivos esquemas teóricos.*

Las minorías organizadas, *partidos políticos o grupos gobernantes tienen, probablemente, una composición normal media igual a la de la sociedad que representan. No son en sí mismas ni mejores ni peores que aquélla; en otros términos, poseen las mismas características (buenas y malas cualidades, si estas expresiones tienen un sentido bien determinado) de la sociedad, y reflejan el estado general de cultura de ella. Pero pueden ser y son a menudo, momentáneamente distintas de la sociedad, por su consistencia moral e intelectual. Esta disparidad, resultado natural del desgaste y descomposición de los grupos predominantes, es el efecto del dinamismo propio de la lucha política y, a su vez, causa de graves crisis que afectan a toda la sociedad.*

Plebiscito *y* democracia *parecen ser, pues, los dos polos del gobierno representativo: en uno y en otro, como dice nuestra constitución, "el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes". Pero mientras en aquél el pueblo (contenido social del Estado)* no elige, *y sólo aprueba con posterioridad los actos que el gobernante quiere someterle; en éste, por el contrario,* elige *y aprueba o desaprueba* continuamente, *por medio de representantes elegidos, esto es, fiscaliza rigurosamente, y crea o suprime los poderes fuertes del gobernante, según la necesidad. El plebiscito, régimen propio de las dictaduras irresponsables, es el gobierno que surge de las crisis más o menos prolongadas de anarquía social; la democracia, el gobierno propio de los pueblos de alto nivel de cultura política, de aquellos que, por un mejoramiento conti-*

nuo de sus instituciones y costumbres políticas. tienen por modelo, no el pueblo de dioses, fantaseado por la imaginación enfermiza de Rousseau, sino el insuperable arquetipo de la civilización cristiana. (1)

9. El régimen totalitario difiere poco, en cuanto a facultades ejecutivas, del régimen de la Alemania imperial (en el que la acción limitadísima del Reichstag *no dificultaba en lo más mínimo la del emperador): es más expeditivo en la concepción y ejecución de sus planes, así de paz como de guerra. Tiene, pues, considerable ventaja sobre las democracias, sometidas a controversias y trámites lentísimos de orden político y parlamentario, que los hechos están poniendo en evidencia.*

Baste a demostrarlo el episodio siguiente. En los últimos días de 1937, los asesores militares y financieros de Hitler dijeron a éste con franqueza, que Alemania no se hallaba en condiciones de afrontar una guerra de larga duración, por falta de reservas monetarias, de materias primas y de material de guerra adecuado. Las columnas motorizadas y blindadas (panzerdivitionem) *habían fracasado ante una defensa obstinada, durante la guerra civil española. Faltaban, además, reservas de hombres adiestrados en cantidad suficiente. Todos ellos fueron separados de sus puestos y comandos. Poco más de dos años después, la Alemania nazi acomete a sus enemigos, demostrando inopinadamente, —aunque los resultados, hasta hoy, están todavía muy lejos del triunfo,— la capacidad militar y financiera que, según Schacht, Papen y los generales von Blomberg y von Fritsch, le faltaba, y que los nazis improvisaron en gran parte, con celeridad.* (2)

---

(1) L. R. GONDRA, *Tratado de Economía Política*, curso general, cap. II, núms. 327 y 348. Buenos Aires, 1940. Véase en el apéndice de esta obra, núms. 27-40, la demostración rigurosa de la identidad substancial de todos los sistemas totalitarios.

(2) Véase el documentado estudio: M. FUCHS, *Un pacte avec Hitler*, págs. 99 y sigs. cap. III. París, 1938.

10. Estas ventajas, más aparentes que reales, están compensadas con exceso por el daño, es decir, por el costo fabuloso del régimen mismo. Su armadura onerosísima concluye por agotar al país que la soporta, con más eficacia destructiva que la hostilidad de sus presuntos enemigos. Coincidencia singularísima: todas las tituladas dictaduras totalitarias tienen por efecto un crecimiento elefantiásico de la burocracia y de la demagogia, cuyo modelo fué la dictadura jacobina, inaugurada el 10 de agosto de 1792. Dice de ella su historiador y apologista, Albert Mathiez: "La nueva burocracia terrorista lo invadió todo. El abuso fué tan chocante que Dubois-Crancé propuso la expulsión de los clubs. Pero su carta, leída en el Club de los Jacobinos, provocó gran escándalo. Su autor fué acto continuo denunciado al Comité de Salvación Pública como indulgente y desorganizador". (1)

Sus imitadoras de nuestros días, las dictaduras totalitarias, no le van en zaga. El presupuesto de la Rusia soviética para el ejercicio de 1938 invierte en economía nacional *el 40,9 por ciento de los recursos previstos, y en los gastos restantes, que son como la carga parasitaria, la tara demagógica de aquélla, el 59,1 %. Esta dictadura es la más franca: ya no tiene interés en proseguir con su timo mundial del comunismo, y en el que han dejado de creer los trabajadores ingleses y franceses.*

Faltan datos de las otras. Probablemente se desfiguran o se ocultan como secretos de Estado. Para esto, entre otras cosas, son totalitarias, y no gastan esta clase de publicidad, aunque abusan de otras. Pero es evidente que las numerosas milicias pardas y negras no viven como pajarillos, de lo que les brinda la naturaleza: comen de los presupuestos públicos y pesan gravemente sobre la economía nacional. (2)

---

(1) A. MATHIEZ, *La Revolución Française*, vol. III, pág. 106. París 1927.

(2) L. R. GONDRA, *Tratado*, pág. 242. Curso general.

Los sistemas totalitarios traen a la memoria las frases sangrientas que el novelista pòne en boca del doctor Miquis: "Hagamos una revolución para destruir el comunismo, y esto es lo práctico, porque hacer revolución por establecerlo es como si encendiéramos el gas de las calles en pleno día. Revolución, pues. Suprimamos la administración, que es una hipocresía del reparto universal; suprimamos el presupuesto, que es la forma numérica del restaurant *nacional; suprimamos las contribuciones, que son el almacenaje omnímodo de que se nutre el comunismo..." (B. Pérez Galdós,* La desheredada, *1881).*

11. Pero los efectos de esta abrumadora carga impositiva sólo se hacen sentir a la larga. El gran paciente nacional, reducido a impotencia por una minoría gobernante poderosamente armada, debe resignarse a sobrellevar esa carga. En cambio, otros graves defectos del régimen pueden hacerse sentir letalmente a breve plazo. La opresión dictatorial no puede prolongarse mucho tiempo, durante el estado de guerra. La absoluta falta de libertad y publicidad mantiene a ciegas al dictador, que sólo sabe del descontento latente de la población, llegado el caso, lo que le dicen funcionarios y covachuelistas, los cuales, por comer del régimen, tienen interés en desfigurar u ocultar la verdad.

La población a su vez lo ignora todo, sobre la marcha próspera o adversa de los negocios públicos: sólo sabe de ella lo que el dictador quiere o puede decirle; y es superfluo agregar que éste oculta sistemáticamente lo malo y exagera lo bueno. Durante la guerra, un contraste muy prolongado entre decantadas victorias y el sufrimiento y las privaciones de aquélla, puede tener efectos desmoralizantes, que disminuyen pavorosamente su capacidad de resistencia.

De ahí la concepción de la llamada guerra fulminante. *El dictador está condenado a ganar la guerra en el menor tiempo posible y a todo trance. Una demora de pocos meses puede ser fatal para el régimen, particularmente, —dada la*

prodigiosa complejidad de la vida económica contemporánea,— si la escasez de subsistencias impone un racionamiento demsaiado doloroso a la población, por la necesidad de alimentar y abastecer a las tropas, en detrimento de ella. Hay cosas que ninguna dictadura, por grande que sea su poder, puede remediar o impedir. Una desmoralización y un descenso repentino, por ejemplo, de la escala productiva.

12. La Inglaterra democrática, por el contrario, con una capacidad económica mucho mayor, y una tara burocrática y demogógica comparativamente mucho menor, hállase en situación opuesta. A pesar de su inmensa superioridad en todo género de recursos, debe afrontar, como afronta en estos momentos, el peligro de la guerra fulminante.

La lentitud de sus decisiones, a la cual, en un estado de emergencia puede, sin embargo, poner remedio con el apoyo cierto de toda la población, es el defecto capital del sistema, y le ha traído los graves peligros que hoy se ciernen sobre ella. Pero éstos se hallan compensados por el hecho de saber, a ciencia cierta, —rasgo característico de todo régimen de libertad y publicidad,— si puede contarse con la capacidad de resistencia de la población.

Si pues logra Inglaterra, como todo parece demostrarlo, conjurar esos peligros, y paralizar la ofensiva desesperada y fulminante de su enemigo, a la larga (período prolongado) la superioridad de recursos, y los efectos hoy necesariamente lentos de las decisiones ya tomadas, a fin de aumentar en escala gigantesca su poderío bélico, darán cuenta de aquél.

L. R. G.

Buenos Aires, agosto de 1940.

LOS ORIGENES DEL PANGERMANISMO (1800-1900)

1. Desearía el autor reunir la documentación más significativa que se conoce, sobre el movimiento de ideas que se denomina *pangermanismo,* en una serie de volúmenes substanciales. Ha visto la luz pública en Francia, desde los comienzos de la guerra de 1914, muchedumbre de apreciaciones, a menudo elocuentes, firmadas algunas por nombres ilustres, sobre el espíritu pangermanista. Se han mezclado a esas manifestaciones, demasiados errores materiales, y a las buenas intenciones que las animaban, una falta de sentido histórico harto evidente, para que no sea peligroso permitir que se abran camino procedimientos tan sumarios de polémica.

No se hiere al enemigo en las posiciones que ocupa, si no se estudian de cerca su configuración y sus defensas. Me parece cosa vana buscar los antecedentes de la mentalidad alemana actual en el error químico con el que Stahl, y toda la Europa del siglo XVIII creían poder explicar el fenómeno de la combustión por la flogística. Y hasta podría decirse ciertamente que las rarezas experimentales en que tropezó Lavoisier, y de las que no pudo triunfar el instrumental científico de entonces, contribuyeron mucho a justificar la resistencia de sus adversarios. Quiera Dios que en nuestro frente de batalla nos veamos, no ante químicos muy avisados, de los que inventan, con los últimos procedimientos de la técnica, "líquidos espontáneamente inlamables", que, al proyectarse, desen-

cadenan "una onda de llamaradas de un largo y ancho útiles de veinte metros", sino ante soñadores como Stahl, en gestación de teorías sobre la flogística.

Uno de nuestros hombres de ciencia más universales y, al propio tiempo, uno de los pensadores más ingeniosos de nuestro tiempo, Félix Le Dantec, litiga de mucho atrás contra los neo-darwinianos alemanes de la escuela de Weismann; y en esta querella no pocos especialistas y filósofos estiman que se halla en franca ventaja. La amargura del pleito es tal en Le Dantec, que, a su juicio, todo el pensamiento alemán adolece de las taras escolásticas de la biología weismanniana. Esto no es creíble, y el mismo Le Dantec lo reconocerá algún día, cuando sus doctrinas le hayan valido en Alemania el número de adeptos que merecen.

Pero los partidarios de Weismann, así fuesen legión, nada nos enseñarían en su obstinación, acerca del pensamiento y el cálculo político muy preciso y exento de quimeras que se denomina pangermanismo.

Cuando la obligación de honrar nuestra firma nos exigió atacar en Bélgica sin artillería pesada y con una ametralladora contra siete, Bergson sostuvo que la civilización francesa hallaría en el fondo de su iniciativa creadora una superioridad moral que daría cuenta de la civilización enteramente mecanizada de los alemanes. Hoy, cuando disponemos de ametralladoras y cañones pesados, descubre que la filosofía francesa tiene el mérito único de apoyarse en la ciencia positiva. Hubiera sido preferible quizás convenir en que Alemania, que había premeditado la guerra, habíala preparado con todos los recursos que la ciencia moderna le suministraba. Francia, con haber participado tanto en la creación de la ciencia positiva moderna, ha quedado a menudo en gran retardo, respecto a las aplicaciones industriales y militares que de ella pueden sacarse.

2. En el esfuerzo prodigioso que sus gobernantes le han exigido, el pueblo alemán está muy lejos de haber pecado por

falta de coraje y de un verdadero espíritu de sacrificio; y se ha sabido exaltarlo con recuerdos, gloriosos algunos de ellos. La condenación de aquel pueblo está en su espíritu puramente gregario que le hace abalanzarse con impulso de búfalo, cuando los amos de la manada le dan la señal. Está como abismado en una incultura política persistente, de que adolecen hasta sus mayores ingenios, y que en cuanto a la masa, lo hace completamente incapaz de fiscalizar a sus amos. Vive en una total ausencia del sentido y el gusto de la libertad. Goethe decía de franceses y alemanes, que forman "moral y políticamente un contraste eterno"; pero no concebía entre ellos una lucha sangrienta, ni aun como motivo de escultura.

Es menester repetirlo incesantemente: nosotros, franceses, hemos tenido aliados entre los grandes alemanes de otras épocas; y será forzoso que los evoquemos para pedirles un juicio acerca de su pueblo hoy extraviado. No sé de una sola palabra verdaderamente humana que se haya proferido en la Alemania contemporánea. No es ello, sin embargo, una razón para proceder como uno de nuestros más brillantes novelistas, que pretende releer los clásicos alemanes, y que, con tal pretexto, intenta deslucir con ineptos comentarios una de las obras maestras más puras de la poesía contemporánea, el *Fausto* de Goethe, o cubre de injurias a Nietzsche, el teorizador doliente del sacrificio absoluto, de la "virtud pródiga de sí misma", de la profusión interior.

Triste es en verdad este desfallecimiento de algunos de los jóvenes guías de nuestras letras; pero mucho más triste aun el total eclipse de los viejos maestros. Sé de uno de ellos, maestro de todos nosotros, cuya vida se ha empleado en referirnos una historia de la filosofía alemana, y ha conquistado su gloria más auténtica y durable al enseñarnos la obra de Leibnitz, Kant y Fichte. Entre sus laureles más antiguos, en el Instituto de Francia cuéntase un trabajo sobre Jacob Boehm, "el filósofo teutónico". No establecía entonces la antinomia de *Germanismo* y *Humanismo*. Nos hacía comprender que la Francia napoleónica hubiera podido tomar alguna cosa de

Alemania, y que la Francia nueva se había regenerado, abriendo su espíritu a todas las realidades morales, hasta las descubiertas por otros pueblos.

Los que tales cosas aprendieron de él, guárdanle un reconocimiento que no se extinguirá. Y por esto mismo asisten en silencio, con estupor doloroso, a no sé qué tentativa de halagar preocupaciones que no son solamente como el humo de una llamarada momentánea de irritación, pero también pretextos con que personalidades de grande influjo social, en plena crisis de la patria, encubren una obra disimulada de captación de influencia.

3. Mucho esperamos de la regeneración del pueblo alemán. Lo esperamos de su derrota misma, que es menester sea decisiva e irremediable. Es menester que aprenda a estimar lo que cuesta el haberse confiado a la hegemonía prusiana. Es menester que restablezca una Bélgica íntegra, indemnizada de todos sus males: que condene solemnemente el crimen abyecto por el cual la devasta y ensangrienta. Es forzoso que restituya Alsacia-Lorena hasta sus fronteras de 1789; que restituya Schlesvig y devuelva su integridad a Polonia hasta el mar; que su cómplice Austria-Hungría emancipe y devuelva al destino que deseen los trece pueblos de raza y lengua diferentes, sobre los que alemanes, austríacos y magiares asientan una dominación secular y opresiva. Es menester que el pueblo alemán arranque de sí mismo hasta la última raíz del militarismo prusiano, hasta la última veleidad de imperialismo conquistador.

Día llegará en que el pueblo alemán hará por sí mismo, a la luz de los desastres que él habrá concitado por sobre su cabeza, el trabajo de crítica valerosa y consciente que Francia hizo de sus instituciones, de sus costumbres, de sus defectos, después de 1870, y por el cual se desprendió para siempre de toda veleidad napoleónica.

El pueblo alemán, siempre que se le ayude, hará de tal

modo el proceso de sus gobernantes. Devolverá al cultivo de sus tierras la turba de hidalgos famélicos, campesinos y milicos ociosos, mimados por el servilismo de las clases adineradas y la debilidad de sus mujeres. Cesará de seguir la falsa ciencia de los demagogos asalariados que lo harta de adulaciones desmesuradas y ensueños monstruosos de no sé que supremacía moral, providencialmente otorgada sólo a él. No escuchará ya la finanza cínica y aventurera, preocupada de aplastar, en la Francia republicana, en la Gran Bretaña y en la Bélgica libres, los grandes hogares donde se alimenta el pensamiento de la emancipación de las clases trabajadoras.

Todos esos demagogos, y desde luego el emperador, — politicastros de lance, militares ávidos de gloria, doctores impacientes de popularidad, que construyen para su pueblo ese plan desmesurado de imperio continental, uno de cuyos pies estaría en el peñón de Heligoland y el otro en la desembocadura del Eufrates y el Tigris, plan de un imperio colonial, hecho con los despojos de tres o cuatro naciones desmoronadas,— serán puestos quizás un día en presencia de las ruinas, de la sangre y la vergüenza acumuladas, y se verán tal vez apostrofados, en su propia humillación física y moral, con el grito: "¡he ahí lo que habéis hecho de mí!".

Entonces y sólo entonces, se podrá renovar la mutua comprensión con el pueblo alemán, restituído a su verdadera naturaleza, que nadie amó tan ingenua y tiernamente como Francia. Pero el vínculo espiritual entre el pueblo alemán regenerado y nosotros, franceses, es la tradición alemana de antaño, la de Kant y Beethoven, la de Goethe, Schiller, Boerne y Heine la de todos los *buenos europeos* cuya descendencia llega hasta Nietzsche. Todo ello es sabio y digno, y trabaja para nosotros en lo íntimo del pueblo alemán.

Desembarcando en la estación de Colonia, cuando se descubre la catedral, nos hallamos en presencia de una fachada inmensa, que parece como sofocada por dos torres colosales.

Esa expresión gótica de profesores, obra de sabios arquitectos del siglo XIX, que aplican pedantescamente reglas artificiosas, es el símbolo de la Alemania contemporánea, ansiosa de lo inmenso, de dominar el horizonte por su masa: poco le importa la mediocridad del trabajo. Mas cuando se penetra bajo las bóvedas, cuando se avanza por entre la claridad de los ventanales, lo que se descubre al cabo de una selva de pilares modernos es un coro viejo y encantador, un ábside rodeado por una guirnalda de capillas, como sólo se encuentra en Francia, donde se reconoce, reproducida con fidelidad conmovedora, la nave y el coro, y las capillas mismas de la catedral de Amiens. Es esta iglesia pequeña, encuadrada en la grande, el alma verdadera de la pesada catedral de los profesores. Hay en el fondo de la Alemania de hoy, desmesurada bajo su armadura de trivial poderío, una Alemania tal, que no es Prusia, y que fué grande, rica de afecto, de bienes y de fuerza. Nos es necesario redescubrirla, desprenderla y emanciparla.

4. Los alemanes tienen la costumbre de reprochar al pueblo francés su sed inmoderada de gloria. Es como reprocharle hábitos lingüísticos que han llegado a ser muy ajenos a nuestra democracia enteramente rústica, obrera y a medias burguesa. Pero no hay pueblo más ridículamente retrospectivo que el pueblo alemán, y cuyo espíritu se haya rellenado con tanta ingerencia escolar de cuentos acerca de su grandeza antigua. Y entre tales desvaríos no hay uno solo que se resigne a tener por definitivamente sepultado en el polvo de los siglos con los cuales feneció. En el origen del pangermanismo, hay cuatro espejismos de grandeza pasada; y en tales recuerdos, dos tradiciones estrictamente prusianas y dos alemanas.

Prusia es en primer lugar la sucesora de la Orden Teutónica. Representa al germanismo rechazando al eslavismo. Del fondo de Holanda y de la baja Sajonia, es decir, de países situados sobre la margen izquierda del Elba, desde el siglo XI habían acudido millares de campesinos, llamados por

obispos y conventos. Calculaban estas autoridades eclesiásticas que la afluencia de colonos multiplicaría las iglesias y ocasionaría un incremento inmenso de los diezmos. Turingios y franconios proporcionaron el mayor contingente de emigrantes, al sur de una línea entre Halle y Torgau, hasta Silesia: trabajo lento, así de guerra como de cultivo.

Las poblaciones wendas y obotritas defendieron el terreno paso a paso. Fué necesario exterminarlas o reducirlas a servidumbre. Berlín y la marca de Brandeburgo fueron así conquistas realizadas contra pueblos desaparecidos, de los que todavía sobreviven, sin embargo, en Lübben, sobre el Spreewald, aldeas lacustres, accesibles únicamente por agua, donde la población wenda se ha conservado con su lenguaje. La más resistente de aquellas poblaciones paganas fué una horda que por lengua y raza se aproxima a los lituanos: el pueblo boruso o prusiano. Nada habían podido contra ella obispos y congregaciones monásticas. Fué menester una congregación militar, la orden de los caballeros teutónicos, a la que el Papa cometió la tarea de llevar el Evangelio a esa tierra prusiana.

La evangelización duró trescientos años. Una antigua crónica rimada del siglo XIII, *Expedición al país de los borusos,* desenrrolla como un fresco sangriento y movido, la horrible lucha. Cuando terminó, hacia el año 1300, sólo quedaban raros vestigios lingüísticos del pueblo boruso, y su nombre que los vencedores le robaron. Porque los alemanes que habitan entre Stettin y Koenigsberg se dicen abusivamente prusianos, del nombre de un pueblo eslavo que ellos exterminaron. Pero a lo largo de la costa báltica y en los pasos de los ríos los alemanes edificaron castillos fortificados, de los cuales subsiste un corto número. El de Marienburg es el más grande y como el símbolo de todos ellos. Es una acumulación de castillos macizos vinculados entre sí por murallas almenadas. En el corazón del recinto, dominado por una ancha iglesia, un claustro de arcadas ojivales sirve de reducto central. En ese claustro termina un laberinto de corredores que comu-

nican con las salas abovedadas de guardia, los salones de reunión de los caballeros, el refectorio monumental, el departamento del gran maestre, y más lejos las oficinas y los almacenes.

Una comprensión inverosímil de las necesidades prácticas revela el sentido realista de ese pueblo. Caloríferos de aire caliente, cloacas perfeccionadas abiertas en el torreón enorme, para evitar la pestilencia de las multitudes: nada falta de lo que podía imaginar un arte ya extraordinario de organizar y sanear el alojamiento previsto de muchedumbres humanas, y para el amontonamiento prodigioso de armas y vituallas. Pero en los capiteles de las columnas graníticas que soportan las bóvedas de las salas, unas a modo de amplias copas de palmeras se abren para sostener los arcos de aquellas bóvedas: Oriente de piedra que los caballeros habían traído de las Cruzadas, el cual les recuerda el Oriente verdadero que no han renunciado a conquistar. Esta herencia de los caballeros teutónicos pasó a los Hohenzollern, cuando por disolución de la Orden, en 1525, un gran maestre, Alberto de Hohenzollern-Anspach, llegó a ser *príncipe de Prusia*, vasallo del rey de Polonia.

5. La segunda tradición es la grandeza militar prusiana. Los Hohenzollern de Brandeburgo recogieron la herencia de la Orden teutónica, cuando se extinguió la rama de los Hohenzollern-Anspach. Un gran elector de Alemania, vasallo del emperador, llegó a ser también vasallo del rey de Polonia. Era la suya una situación imposible. Desde entonces la hostilidad fué ostensible o latente entre los Hohenzollern, enseñoreados en Prusia, y el rey de Polonia su soberano. No es éste lugar para decir, por qué serie de felonías y alianzas contraídas, una vez con los suecos, otra con los moscovitas, pudo Prusia consumar sus usurpaciones en perjuicio de aquél. La gloria de los reyes de Prusia fué forjada con tales usurpaciones. Nada más legítimo que Prusia realizase por grados la

nican con las salas abovedadas de guardia, los salones de reunión de los caballeros, el refectorio monumental, el departamento del gran maestre, y más lejos las oficinas y los almacenes.

Una comprensión inverosímil de las necesidades prácticas revela el sentido realista de ese pueblo. Caloríferos de aire caliente, cloacas perfeccionadas abiertas en el torreón enorme, para evitar la pestilencia de las multitudes: nada falta de lo que podía imaginar un arte ya extraordinario de organizar y sanear el alojamiento previsto de muchedumbres humanas, y para el amontonamiento prodigioso de armas y vituallas. Pero en los capiteles de las columnas graníticas que soportan las bóvedas de las salas, unas a modo de amplias copas de palmeras se abren para sostener los arcos de aquellas bóvedas: Oriente de piedra que los caballeros habían traído de las Cruzadas, el cual les recuerda el Oriente verdadero que no han renunciado a conquistar. Esta herencia de los caballeros teutónicos pasó a los Hohenzollern, cuando por disolución de la Orden, en 1525, un gran maestre, Alberto de Hohenzollern-Anspach, llegó a ser *príncipe de Prusia,* vasallo del rey de Polonia.

5. La segunda tradición es la grandeza militar prusiana. Los Hohenzollern de Brandeburgo recogieron la herencia de la Orden teutónica, cuando se extinguió la rama de los Hohenzollern-Anspach. Un gran elector de Alemania, vasallo del emperador, llegó a ser también vasallo del rey de Polonia. Era la suya una situación imposible. Desde entonces la hostilidad fué ostensible o latente entre los Hohenzollern, enseñoreados en Prusia, y el rey de Polonia su soberano. No es éste lugar para decir, por qué serie de felonías y alianzas contraídas, una vez con los suecos, otra con los moscovitas, pudo Prusia consumar sus usurpaciones en perjuicio de aquél. La gloria de los reyes de Prusia fué forjada con tales usurpaciones. Nada más legítimo que Prusia realizase por grados la

unidad de su territorio, y rechazase al invasor sueco que, desde los tiempos de Gustavo Adolfo, había instalado una cabecera de puente sobre la costa del Báltico, en Pomerania; pero a su vez ella pisoteó a los pueblos vecinos.

Desde el reinado de Federico Guillermo I, que forjó el instrumento de tal unidad, el ejército, y desde el de Federico II, que fué el primero en usarlo, para maravillar al mundo, Prusia fué una monarquía militar. Con ello no se intenta negar que prestase a menudo servicios a la civilización. No se crea la más poderosa sociedad militar del mundo sin fuertes cualidades de temple y espíritu. Para alimentar su ejército desmesurado, la monarquía prusiana del antiguo régimen tenía necesidad de una hacienda pública muy sólida, una prosperidad agrícola e industrial capaz de hacer frente a los gastos de guerras inmensas y prolongadas. Tenía necesidad de una disciplina social fuerte e ilustrada. Érale menester la ciencia, la instrucción elemental y superior, para asegurarse la superioridad que el saber puede dar en la guerra. Los intelectuales alemanes tienen razón, cuando afirman que los destinos de la civilización prusiana están ligados a los del militarismo prusiano. Pero la cultura específicamente prusiana nada tiene de común con la cultura alemana de la Edad Media que dió los grandes sistemas místicos, que importó de Francia el arte de las catedrales, y que se extendió en la vida, llena de embeleso, de las ciudades alemanas del Renacimiento, Nuremberg, Augsburgo, Colonia, y más tarde en la filosofía y en la música alemanas.

Prusia desarrolló los métodos de la ciencia, la crítica racional, un espíritu jurídico de agudeza romana, una preocupación por las realidades económicas, fiscales y sociales que transformó toda la vida humana en un cálculo dirigido a exigirle un máximo de rendimiento. Mentalidad de colonos militares, ocupada en aparejar un terreno ingrato, en desalojar a sus antiguos poseedores, en crear el bienestar amplio y grosero de una población ruda.

Federico II es el *hombre representativo* de ese pueblo robusto; y llegó a ser, para toda la Alemania septentrional y occidental, desde el siglo XVIII, un héroe nacional, porque, según la frase de Goethe, después del agotamiento de la Guerra de Treinta Años y de las luchas contra Luis XIV, dió al pueblo alemán "el primer contenido de una vida superior". Haber batido a los ejércitos austríacos y franceses en dos guerras que son maravillas de estrategia innovadora; haber hecho del ejército prusiano un instrumento de ofensiva flexible y fuerte, que pudo asestar los golpes de Rosbach en Turingia y de Leuthen en Silesia (5 de noviembre y 5 de diciembre de 1757); haber hecho de Prusia una gran potencia, por la derrota reiterada de las dos mayores naciones militares de Europa: todo ello inflaba de orgullo el corazón de los alemanes humillados tantas veces.

Olvidábase que él había violado la neutralidad de Sajonia, con un ataque repentino; que por un atentado sin ejemplo en el derecho de gentes, había sitiado al ejército sajón en Pirna, a donde se había retirado, para conservar su neutralidad; y que lo había incorporado por fuerza al ejército prusiano, después de la capitulación. Este realismo nuevo fué el que desmoralizó por contagio a la nación alemana entera.

La conquista de Silesia por Federico II incorporó por vez primera poblaciones polacas a Prusia. El éxito de esta conquista decidió la iniquidad prodigiosa que, consumada tres veces, en 1772, 1793 y 1795, se denominó "partición de Polonia". Según ésta la frontera prusiana se transportó hasta Kovno y Grodno sobre el Niemen, y de norte a sur dejó a Prusia, Byalystock, Varsovia y Czentochowa: fronteras estratégicas que Napoleón acortó en el tratado de Tilsitt, y que Prusia no reconquistaría en 1815. Pero no las olvidó: lo que reclama en este momento es su parte del viejo rapto, que uno de sus ex cómplices parece retener desde hace un siglo.

6. El tercer recuerdo es el prestigio del Santo Imperio. Con la conquista y las victorias de Federico II, Prusia comenzaba esta obra de división interior, por la cual Austria sería desalojada de Alemania. Quedábale a ésta el prestigio de la vieja corona imperial. Quedábale también el de su tradición militar, rejuvenecido por las victorias del príncipe Eugenio contra los turcos. Después de haber afrontado a Prusia, fué visible que su importancia en el Imperio declinaba. Aquellas victorias contra los turcos fueron el último grande acto imperial. La batalla de Zenta (11 de septiembre de 1697) no había sido olvidada por el pueblo alemán a principios del siglo XIX. Sólo la educación prusiana logró borrar de su memoria esos recuerdos. El canto que todavía hoy anima al soldado austríaco y le recuerda cómo el príncipe Eugenio conquistó para el emparador "la ciudad y fortaleza de Belgrado", era coreado por los imperiales durante las guerras de la Revolución y el Imperio. Casos hay en los que la historia literaria explica la historia política. La ambición de conquistar a Belgrado y de abalanzarse hacia Turquía nunca desapareció del pensamiento austríaco o alemán.

El Santo Imperio derrumbado en 1805, subsistió como nostalgia que los poetas supieron avivar. Viejas leyendas estaban ya como araigadas en el espíritu del pueblo. Recordábase que entre los emperadores, uno hubo, iniciado en las ciencias ocultas y en todas las artes de la magia. La morada de los muertos era para los germanos primitivos una alta colina que suponían hueca y frecuentada por espectros. Allí era donde, sin duda, vivía el emparador con todos sus guerreros enjaezados aunque dormidos. ¿Estaba ese sitio en Goslar, en Geroldseck, en Salzburgo, en Kaiserleuten o en Kyffhäuser?

Cada región del imperio conocía su montaña de muertos, de donde imaginaba que un día, por arte de magia, desfilarían triunfalmente los ejércitos imperiales resucitados. Los romànticos alemanes del siglo XIX recogían esas leyendas, y hacían de ellas novelas, como Arnim, o baladas, como Rükerct.

En la desmembración alemana que, a pesar de todo, subsistió después de las guerras de 1815, esas leyendas evocaban el ensueño de una Alemania que comprendería, más allá de las fronteras políticas existentes, a todos los individuos de lengua germánica, y que sería realizado por un gran monarca y por el desbordamiento de los viejos ejércitos de los Hohenstauffen sobre el mundo.

El imperio y la protección de un poderoso monarca no hicieron por sí solos la grandeza legendaria de la Alemania medieval. También el pueblo tuvo su parte en ella. La gloria de la burguesía alemana era la obra de las ciudades federadas en potentes asociaciones comerciales. La más importante fué aquella Liga Hanseática de las ciudades marítimas, cuyas colonias jalonaban toda la costa del mar Báltico hasta Riga.

Las *Fantasías Patrióticas* de Justino Moeser habían traído a la memoria en 1767, en una prosa clásica, esta grande historia de las ochenta y cinco importantes ciudades de Alemania del norte, federadas para una poderosa empresa de comercio marítimo y de protección. Sobre todo el frente norte de Alemania esos comunes vivaces alineaban su arquitectura grande y simple: gótico de ladrillo del que Lübeck ha conservado los monumentos más bellos. Enorgullecíanse ahora los patriotas de este poderío marítimo, hijo vigoroso del espíritu municipal del siglo XIV. Habíase dado el caso de que la Hansa obligase a Inglaterra, a celebrar la paz en 1475; como forzó a Felipe el Hermoso a prohibir el comerçio entre aquélla y las costas francesas. En el siglo XVI la flota hanseática de guerra contaba veinticuatro navíos de alto bordo: lo suficiente para dominar los mares próximos y ser temida en los otros.

No hay recuerdo más tenazmente conservado que el de esta Hansa comerciante y belicosa, en las ambiciones secretas de la Alemania actual. El saber cómo el poderío marítimo de las ciudades alemanas, precursor de todos los otros en la Europa septentrional, pudo pasar a Holanda y luego a Inglaterra, es uno de los estudios que los alemanes han emprendido con

mayor pasión. El discurso que Guillermo II pronunció en Hamburgo el 20 de junio de 1911 lo prueba:

"Me dije a mi advenimiento que los problemas que la Hansa había intentado resolver sin conseguirlo por sí sola, porque no la sostenía el poder ejecutivo del Imperio, debían recaer sobre el Imperio Alemán resucitado. Tales eran simplemente los deberes de una vieja tradición que era necesario volver a tomar."

De tal manera los reyes de Prusia, coronados ahora como emperadores alemanes, después de reanudar en Polonia la vieja política alemana de extirpación de los eslavos, fantasean al presente con reconstituir la supremacía marítima de las Hansas. Todos esos ensueños de gloria alemana, que llegan hasta su coincidencia en una sola y prodigiosa quimera,— un imperio bicéfalo austro-alemán, extendido desde el mar del Norte hasta el Adriático, ambicioso en Oriente, tutor de Italia, presto a desbordarse sobre todas las fronteras hasta los confines alcanzados antaño por la soberanía del Santo Imperio, opresivo en Polonia como la Orden Teutónica, militarizado a ultranza como la vieja Prusia de Federico II, y además dominador en los mares,— se prolonga en la conciencia alemana actual: la fusión de todos esos ensueños, es lo que nosotros llamaremos: *pangermanismo*.

I

El pangermanismo se ha dilatado en nuestros días; pero estuvo siempre como en germen. El Santo Imperio mismo no fué sino la quimera brutal, revestida de oropeles y mentiras, de un imperio romano reconstituído por "la nación germánica". La novedad que nosotros conocemos es el pangermanismo asentado sobre la potencia prusiana. Comenzó a la muerte de Federico II, el más grande de los reyes de Prusia. Este

rey no tuvo duda de que, durante su vida, en su propio ejército, no faltaban oficiales que le discutían su genio militar. Apenas desapareció, a pesar de la conquista de Silesia y Polonia, hubo quien no le tuvo por un conquistador bastante grande.

Dietrich von Bülow, genio inventivo y, además, aventurero extravagante, fué uno de aquellos oficiales descontentos que miraban desde lo alto, en estilo sarcástico, al gran rey. Teníale por filósofo demasiado amigo del reposo, a quien faltaba el fuego de los grandes designios de gloria, inteligencia demasiado profunda, en la que el pensamiento harto claro disolvía la pasión necesaria para las grandes acciones. Por encima de las dos ciencias que Bülow pretendía haber inventado, la *estrategia política* y un nuevo *sistema de guerra*, que Fedrico II había ignorado, fuerza es confesar que sus reproches a éste merecen la mayor consideración.

Bülow señaló con razón que se intentaba llevar a efecto una obra funesta según él y de consecuencias inmensas para el futuro: la separación del norte y del sur de Alemania. En ello Bülow fué tan perspicaz como Mirabeau, que había previsto para el siglo XIX el duelo decisivo entre Prusia y Austria. Para esta eventualidad, en que la libertad europea de pensar le parecía comprometida, Mirabeau formulaba ingenuamente votos por la Prusia filosófica contra el Austria católica y absolutista.

El prusiano Dietrich von Bülow denunciaba como criminal esta política prusiana, inaugurada por Federico II, y que había contribuído no poco a debilitar al Imperio alemán, por la secesión de Prusia, antes vasalla y en adelante rival de Austria. Y si el Imperio se halló demasiado débil para resistir a los franceses bajo Napoleón, los alemanes deben atribuirlo a la sublevación de los reyes de Prusia contra sus soberanos. Lo más grave fué que a su vez Prusia, como Bülow lo preveía en 1801 y 1805, resultó también harto débil ante el ataque napoleónico. Si la monarquía pereció, culpa

era de Federico II. Esta culpa moral había sido un error: Federico II erraba siempre por causa de su mediocridad para el mal. Felón respecto al emperador su soberano, y al rey de Polonia que azuzaba a la guerra contra Rusia, para una segunda partición de los despojos polacos, quedaba sin embargo tímido en su felonía. No supo cometer uno de aquellos crímenes que la historia perdona por su misma grandeza. Dejó tomar a sus cómplices una parte demasiado grande de Polonia, como había descuidado en 1763 la conquista de Westfalia. Se abstuvo de conquistar al Austria misma, como hubiera podido hacerlo, de permanecer aliado a Carlos Alberto de Baviera, en vez de abandonarle, cuando María Teresa en 1742 le ofreció Silesia.

Winterfelf, uno de sus principales generales, había propuesto ese plan: conquistar Alemania íntegra o morir. Esta conquista de Alemania tenía entonces muchísimas probabilidades de realizarse, si se hubiese puesto en ella inteligencia, audacia y una "tenacidad invencible". Hoy, decía Bülow, es quizá demasiado tarde, porque se ha despertado la desconfianza del mundo. El pensamiento recóndito de la política y del militarismo prusianos ha sido siempre, sin embargo, realizar por la fuerza la unificación de Austria y Alemania.

Una vez en esta hermosa vía, Holanda y también la península balcánica vendrían por añadidura. Por su seguridad, Bülow es ya un pangermanista. Por otra parte, su sistema se halla imbuído de la doctrina de las "necesidades militares". No se trata de decir hasta qué punto fué un innovador en táctica y estrategia teóricas. Nociones que son hoy familiares, la *base,* la *línea de operaciones,* fué él quien primero las formuló. Mucho había aprendido de los generales de la Revolución.

La guerra revolucionaria de las masas y esta sabia geometría prusiana de las *bases* y *líneas de operación,* lo esencial de la práctica francesa y de la teoría prusiana son los

elementos que él se esfuerza por conciliar en una síntesis nueva. De donde resulta un robusto determinismo histórico cuyo motor es "la necesidad militar". Hay para todo estado una "esfera de acción" estratégica, según la cual, tiende por la masa de su población a llenar íntegra esa esfera de acción. La esfera no es ilimitada, porque hay para toda fuerza militar, apoyada sobre una base dada, un límite que no puede trasponer, sin ser más débil que una fuerza enemiga igual o hasta inferior, que podría cortarla de su base. Nociones simples pero suficientes para transformar el arte de la guerra y las perspectivas de la política.

No hay ya guerras defensivas, en efecto, si el secreto de la victoria consiste, sobre todo, en cortar la línea de operación del enemigo. Puédense definir fácilmente los límites naturales de los estados: son aquellos límites más allá de los cuales, una ofensiva no podría tener éxito porque la línea de operación podría serle muy fácilmente cortada. Pero si se advierte que en la guerra la masa se impone, porque puede, a densidad igual del frente, envolver la línea enemiga y cortarla de su base de operación, compréndese que los estados pequeños ya no pueden subsistir. Serán, pues, la presa de los grandes, porque la base militar de aquéllos es forzosamente más corta y menores las masas que pueden mover.

Esta política militar nueva, pues, no podrá guardar consideración a las nacionalidades ni a las lenguas ni a las fortunas ni a los derechos tradicionales. Todo estado tenderá por sí mismo a sus fronteras naturales, que son aquellas donde es estratégicamente el más fuerte, y tenderá ciertamente hacia ellas para no ser vencido. Pero no puede sobrepasarlas impunemente sin debilitarse.

Teniendo esto en cuenta, la esfera de acción del Estado prusiano, que, bajo Federico II, se había satisfecho con invadir al reino de Hannover, no podría detenerse en el Rin. Esa esfera se extiende geométricamente hasta el Mosa; y ningún empuje francés en sentido contrario podría impedir

que la alcanzase. Al Este la única frontera natural para Prusia es la que le fué asignada por la tercera partición de Polonia e hizo de Varsovia una ciudad prusiana. Aunque una línea de fortalezas defendiese el Narew y el Vístula, Prusia no podría ser desalojada de ella.

En virtud de esta misma ley que empuja las fuerzas militares, como por una elasticidad natural, hacia las paredes hidrográficas de su recipiente, todo el territorio de Dinamarca debe pertenecer a Prusia. Paralelamente, Austria será tarde o temprano forzada a evacuar Italia y Galicia, porque toda posición al oeste de Tarvis o al norte de los Cárpatos es indefendible para ella. Por el contrario, irradiará en toda la Alemania meridional y el valle del Danubio, que le está como asignado hasta los Balcanes.

Es menester no olvidar este pronóstico. Siempre que Prusia quiso desviar a Austria de los asuntos de Alemania, le indicó esas compensaciones en Oriente. Un pedante megalómano que Federico II izó hasta su ministerio de negocios extranjeros, Ewald-Friedich von Hertzberg, había ya intentado ese plan con maquiavelismo de maníaco. Fué a Hertzberg, a quien su rey dijo poco antes de morir: "Si yo os hubiese obedecido, no habría tenido quince días de reposo durante mi reinado". Ese mismo ministro embrollón y falto de palabra fué quien hizo invadir a Holanda por las tropas prusianas en 1786, por un ligero vejamen que los *patriotas* holandeses, sublevados contra el partido borusófilo del estatúder, habían inferido a su mujer la princesa de Prusia.

La idea de que Hertzberg parecía como tocado era, sin embargo, la de empujar a Austria hasta la desembocadura del Danubio, que pertenecía entonces a los turcos. Influía, pues, sobre ella para que tomase parte por los rusos, en la guerra que había estallado entre éstos y los turcos en 1787. Prometía entretanto a la zarina Catalina II la amistad y los subsidios de Prusia y voluntarios prusianos para su ejército, mientras Diez, su embajador en Constantinopla, hacía esperar a Turquía la ayuda prusiana. El siniestro cálculo, a lo

que pensaba, había de asegurar una compensación a Prusia en Polonia, y lograría éxito, fuese cualquiera el resultado de la lucha. (1)

A decir verdad, él descontaba la victoria de los rusos y los austríacos. Pero los turcos invadieron a Transilvania y Hungría. No por ello dejó Hertzberg de presionar a los turcos victoriosos, para que aceptasen la mediación prusiana, en los mismos términos en que la hubiese ofrecido en caso de ser derrotados: les pidió devolviesen sus conquistas, y cediesen, además, Moldavia y Valaquia a los austríacos, y en cambio aquéllos restituirían Galicia a Polonia, que a su vez indemnizaría a Prusia con cesiones de territorios. Hertzberg osó, formular esas proposiciones a Turquía, y decirle que al acceder a ellas, haría de Prusia un aliado para siempre, desinteresadamente. Según esta diplomacia de intriga era mostrar *desinterés*, imponer a Turquía, en un lenguaje conminatorio, sacrificios que muy luego se haría pagar en especie por las potencias que se beneficiaran inmediatamente.

Por vez primera Turquía pudo medir el *desinterés* prusiano en los Balcanes. Si a ello se agrega que para Dietrich von Bülow el plan no se hallaría completo sino cuando Austria, engrandecida en los Balcanes y Baviera, fuese a su vez conquistada por Prusia, explícase por qué debemos tenerle por antecesor auténtico de los pangermanistas actuales.

II

En las horas de neutralidad oscura, bajo el Consulado, y en las peores de la derrota bajo el Imperio, Prusia no olvidó estos reveses. Un tal Ernst-Moritz Arndt, en 1802, en

(1) Sobre Hertzberg, véase: MAX DUNKER, *Friedich Wilhelm II und Graf Hertzberg* (Historische Zeitschrift, vol. 37, 1877); PAUL BAILLEU, *Graf Hertzberg* (ibid. vol. 42, 1879).

Germanien und Europa, a tiempo que protesta "contra la engañifa del viejo equilibrio europeo, logrado sólo por la fuerza", vuelve a la doctrina de las fronteras estratégicas y de la masa militar. Rehusa, también, el derecho de existencia a las naciones demasiado pequeñas, a las que no puedan poner sobre las armas, por lo menos, 500.000 hombres (cifra enorme para ese tiempo), y que tengan menos de quince millones de habitantes.

Ningún equilibrio, dice, las protege, olvidando que la protección verdadera de aquéllas, podría serles acordada solidariamente por las grandes potencias cuyos límites pretendía determinar. Mientras clama por Polonia, Venecia y Suiza, atropelladas a su vez, pretende asignar límites a las grandes potencias. Todas éstas tienen derecho a llegar hasta el mar, aunque deban de aplastar, para lograrlo, a varias nacionalidades pequeñas. Superfluo es agregar que si trata de limitar a las grandes naciones, lo intenta desde luego para fijar los límites de Francia en el Soma, y para instar a Inglaterra a que renuncie a su vasto y abusivo imperio colonial. Mas para Alemania, infortunadamente desmembrada en los dos trozos de Prusia y Austria, divididos asimismo, desea una refundición que lleve a la unidad de la misma. Implora con grandes clamores por un salvador, "un gran genio tiránico y militar, que realice conquistas y ocasione ruinas" *(Eroberend und verderbend).* (1) Para este doctrinario del derecho "la violación más irritante de la frontera natural alemana" es la existencia misma de Holanda. Una Alemania que se prolongue de los Países Bajos a los Alpes y el Adriático, comprendiendo a Suiza y el Rin con sus dos orillas, —el Rin río alemán y no frontera de Alemania,— tal es es su plan.

Nada tiene de sorprendente, pues, que su ambición aumentase después de 1815. La hinchazón de la victoria disipó sus escrúpulos de equidad. Hay que leer en *El espíritu del*

(1) E. M. ARNDT, *Germanien und Europa,* 1802, pág. 421.

tiempo presente, el cuarto volumen escrito en 1819. Soliviantado por el Imperialismo nuevo, por la idea "invisible y santa" de la *Deutschheit* viviente y activa, el patriota exaltado reclama mucho más que una Alemania unida para siempre bajo el cetro de su emperador. Necesita salidas para derramar en el mundo el exceso de su población. Las regiones berberiscas, Egipto, Siria, Asia menor, se abren ante ella. Es menester enviar flotas, ejércitos, pero también muchedumbres de colonos: cruzada moderna de la Santa Alianza de las naciones germánicas, que darán Africa y Asia, a una cristiandad alemana de espíritu y de sangre.

Se dirá que la Santa Alianza comprende también pueblos fuera de Alemania y asociados a la tarea de la colonización cristiana? Hay que ver cómo crece, con la prosperidad económica, el orgullo alemán. Cuarenta años de espera, durante los cuales Alemania curó las heridas de la invasión y de la victoria, no hicieron sino exasperarla. Cuando Arndt escribió su *Pro populo germanico,* en 1854, resumió la experiencia del medio siglo transcurrido, afirmando que los alemanes, "pueblo predestinado de la lucha intelectual", tienen también "el coraje brutal" que asegura el predominio. Tienen las cualidades técnicas del buen colono, del comerciante excelente, del navegante audaz. Tienen una tenacidad igual a la de los anglo-sajones, que extirpa del suelo por el trabajo "a los latinos degenerados". *Extirpar del suelo* a los pueblos rivales y gloriarse de ello como de una virtud: tal es la reivindicación a que llegó, después de cincuenta años, el doctrinario que proclamaba ser necesario a cada pueblo su sitio al sol.

Antes de esta evicción definitiva, arrójase fuera de su dominio tradicional a los pueblos que se encuentran como por azar en la "esfera de acción" militar de Prusia. Cosa es ésta curiosa de estudiar, durante la decadencia prusiana, en Jahn, organizador de las sociedades gimnásticas prusianas, quien escribió en 1808, el libro *Das deutsche Volkstum.* También él deploraba entonces la grande falta histórica por la cual se

fueron a las manos Prusia y Austria. Pero no hay palabra más sabia que la de José II, en 1770, al anunciar la reconciliación: "para Austria no hay ya Silesia". Se verá en fin la unidad del pueblo desmembrado, que fué "la nación en estado de perpetuo devenir". Un monarca poderoso establecerá su capital en el sitio donde el germanismo hunde su raíz principal. Esta capital no puede ser Viena.

Maravillosa respuesta a las intenciones conciliadoras de José II. Austria íntegra, según Jahn, desciende a la deriva hacia el bajo Danubio. Istria, Dalmacia, Bosnia, Servia, Bulgaria, Besarabia, Valaquia, Moldavia: tales las tierras hacia las cuales ella tiende. Su capital natural es Belgrado y Semlin. El centro verdadero del germanismo se halla en algún punto sobre el Elba, en los territorios que Federico II quiso transformar en campo fortificado. La plaza fuerte, capital de todos los alemanes, se denominará *Teutona,* y habrá de construirse a mitad de camino, entre Ginebra y Memel, entre Dunkerque y Sandomir, entre Trieste y Copenhague. Será erigida en la orilla del Elba, esto es, en Prusia. ¿Necesítase acaso mucha perspicacia para ver diseñarse ya la idea de una Alemania militar, federada en derredor del núcleo prusiano, y que comprendiese también a Austria? Un Santo Imperio alemán, extendido hasta Besarabia, pero regenerado por la tradición militar prusiana, y prusiano de dirección, es la idea que brota en la mente de los patriotas, durante las guerras de independencia.

III

El pangermanismo económico de 1840. — El cambio que se produjo en el espíritu público alemán entre 1815 y 1854 no se originó solamente de un espontáneo brote de orgullo. Se debió también a un nuevo criterio que consideraba los hechos en su aspecto económico, y que ya puede advertirse en Arndt. Principal teórico de este nuevo germanismo que

milita en los negocios, por acción así diplomática como militar, es Friedrich List.

Los patriotas de 1815 alimentaban sus esperanzas con el ensueño del viejo imperio alemán reconstituído y la ambición federiciana de asentar en aquél el predominio de Prusia. En los economistas de 1840 sobrepónense a esas ambiciones, cimentadas en recuerdos, el no menos estimulante del poderío marítimo de las Hansas.

Friedrich List no fué sólo el teórico más conocido del proteccionismo, sino el de las nacionalidades económicas. Dietrich von Bülow había construído un determinismo, según el cual eran atribuídos necesariamente a una nación todos los territorios que se hallaban dentro de su esfera de acción militar. List a su vez forjó un determinismo por el que las naciones se ven forzadas, gradual y necesariamente, a conquistar so pena de morir, todos los territorios que se hallan dentro de su esfera de acción económica. Teníase también List por fundador de una nueva ciencia, la ciencia del crecimiento de las naciones, que denominaba orgullosamente "la ciencia del porvenir". Observar en las variaciones de aquéllas, por estadísticas minuciosas, los grandes hechos permanentes, y prolongar por el razonamiento las curvas así obtenidas para el pasado, es lo que permite a la mente definir los lineamientos del futuro, y a la acción apoyarse en ellos, como ésta se conforme a esa mente observadora y reflexiva.

Entre aquellos hechos permanentes, cuéntanse las cualidades fundamentales de las razas. No se hace economía política con una raza cualquiera. Ni las razas latinas gobernadas por Francia, ni las eslavas gobernadas por Rusia tienen las cualidades que procuran el mayor predominio. Represéntase List a Francia tal como la forjara Napoleón: todo un pueblo transformado en máquina de guerra precisa y automática, sin cualidades agrícolas y manufactureras, salvo en sus provincias germánicas, Alsacia o Flandes; ni tampoco cualidades marítimas; falta, por último, del sentido de la libertad.

¿Cómo sería para ella el pervenir? Francia siente ciertamente su imperfección y su próxima decadencia. Su loca ambición de conquistar la frontera del Rin no es más que la necesidad de asimilarse poblaciones económicamente capaces, esto es, germánicas. En cuanto a Rusia, la tiene por una bestia salvaje entre las naciones, con períodos de somnolencia y sobresaltos de fiereza cuando sale de su embotamiento. Su pretensión de dominar al mundo bárbaro, es decir, a los Balcanes y Asia, puede ser inofensiva, si se la guía o si se la tiene a raya. El peligro de los pueblos occidentales sería solamente permanecer estacionarios frente a esta fuerza que crece con tanta rapidez. Sólo una raza tiene el vigor que es menester para ello: la raza germánica.

De esta raza, ¿sábese cuál es el pueblo que mejor la representa y la conduce? ¿Es acaso Alemania o Inglaterra? List había viajado bastante por países anglo-sajones para sostener al pronto la supremacía de Alemania. Ante la duda, lo que, sin embargo, le parece seguro es que la raza germánica tiene la misión providencial: 1) de dirigir los negocios del mundo; 2) de civilizar a los bárbaros; 3) de poblar los territorios todavía inhabitados del globo. Alemana o anglo-sajona, sólo ella tiene las cualidades de energía vital y prolífica, la capacidad industrial, el don de suscitar el engrandecimiento en el orden, por la disciplina, por el *self government* y por la justicia, de las comunidades perfectas. Pues si esas cualidades son comunes a ingleses y alemanes, ¿cómo olvidar que las ciudades hanseáticas alemanas fundaron la primera potencia naval que conoció la Europa septentrional? ¿No tenían ellas acaso sus factorías hasta en Londres? ¿No fueron navíos hanseáticos los que transportaron las materias primas inglesas y los productos manufacturados de las regiones flamencas, las pieles de Nijni-Novgorod, los productos de las pesquerías noruegas?

El Hansa no duró, porque no conoció ni el secreto de la verdadera división del trabajo social ni las condiciones que

aseguran la permanencia económica de las naciones. Comerciante hábil, no fué, sin embargo, ni creadora de manufacturas ni fundadora de colonias en países cálidos. La marina inglesa y la marina holandesa la sobrepujaron, cuando Inglaterra y Holanda dispusieron de una manufactura indígena y fundaron bajo el trópico imperios coloniales, cuyo tráfico se reservaron. No puede desalojarse del comercio marítimo a una flota que transporta los productos manufacturados o los géneros coloniales de la propia nación. Tal flota encuentra flete remunerador para todos sus viajes. Abastece las colonias con productos industriales metropolitanos, y la metrópoli con géneros coloniales.

Grandes factores de poderío: una federación de ciudades libres no puede asegurarlos. Es menester el *hinterland* de una nacionalidad unida, cuyas fuerzas productivas en su totalidad vierten sus productos por evacuación marítima; y una soberanía nacional que sepa sostener por la fuerza la iniciativa de sus propias ciudades libres. Un imperio que sería federación de poderosas ciudades, no sólo marítimas pero también industriales, y que tendría bajo los trópicos sus mercados de compra, protegidos por una metrópoli militarmente poderosa: tal el estado ideal de List. Lo deduce a la vez de la historia fracasada de las Hansas alemanas y de la historia próspera de Inglaterra. Y así una ambición se apodera de List: es menester que Alemania recupere la supremacía económica y naval que tuvo en la Edad Media y perdió por un error de doctrina. El error es reparable, desde que en ella han nacido los teóricos poseedores de "la ciencia del porvenir".

Esta conquista de la hegemonía supone una política enérgica y sabia, dirigida: 1) contra Inglaterra; 2) contra Rusia.

1) Contra Inglaterra es menester organizar el continente. Napoleón I, que fué el gran maestro de la estrategia, conoció también los métodos que establecen la hegemonía eco-

nómica. Su *sistema continental,* al que se opusieron las mismas naciones que contribuyó a enriquecer, debe imitarse ahora, pues ha dejado de ser un instrumento de dominación napoleónica. Hacer de todo el continente una unidad comercial cerrada no es ya una idea escandalosa, si Alemania y no Francia es el centro de tal unidad. Se haría entrar de grado o por fuerza, en esta federación aduanera, a Bélgica, Holanda y Suiza. Austria se consideraría instantáneamente incluída en ella. Francia misma no sería excluída, si curase de toda veleidad de conquista militar. Una representación parlamentaria común, una flota común, podrían ser los primeros medios que usase aquella confederación, a fin de asegurarse su unidad de pensamiento y de acción; pero —bien entendido— su foco y la residencia de su parlamento estarían en Alemania.

Acto continuo se realizaría la comunidad de las ventajas comerciales. List propone una como sociedad cooperativa de naciones, en la que todos los beneficios serían repartidos *a prorrata* de los respectivos aportes. El Extremo Oriente sería valorizado por la vitalidad, la inteligencia y el orden europeos. Los puertos de Oriente llegarían a ser ciudades libres, donde los agentes europeos serían, ante las autoridades indígenas, consejeros predilectos, diplomáticamente protegidos. Austria se extendería hasta el mar Rojo y el golpo Pérsico. Nacería una marina de guerra alemana. Fundaríanse colonias prusianas en tierras australianas y neo-zelandesas, donde Inglaterra ha puesto su pabellón sin explotarlas realmente. ¿Cómo podría Inglaterra resistir a todas las marinas y fuerzas económicas de la Europa central coligadas? Pues Alemania, más que cualquiera otra potencia, posee la energía vital y la aptitud económica, adivínase a qué nación irían de preferencia los beneficios de la asociación instituída para no acordar privilegios a ninguno de sus miembros.

2) Lo que se destaca más, cuando se examina la política recomendada por List respecto a Rusia, es la formación

de un inmenso imperio germano-magiar que serviría de baluarte contra el empuje eslavo: como una barrera opuesta al avance ruso hacia los Balcanes. Hungría siente, sin duda, poca simpatía por los alemanes; pero ha visto lo que Rusia hizo de Polonia: Hungría "se ha encabritado ante un cadáver". Corresponde a los alemanes amansar a esta Hungría amedrentada, amistosamente, con auxilios substanciales. List halla con inteligencia y prontitud el método que el gobierno alemán ha seguido siempre. Sugiere al germanismo el de los sacrificios provisorios. No hay que forzar la germanización de los magiares, a que se rehusaría tanto el espíritu caballeresco como el talento político de los mismos. Es menester enviarles, en cambio, los capitales, la capacidad económica de los alemanes; y dirigir hacia las llanuras danubianas la corriente de la emigración alemana, hoy perdida para Alemania. ¿Sería acaso inevitable que Hungría y Transilvania viesen duplicada su población cada treinta años por la fecundidad alemana?

Cuando tengan sesenta millones de habitantes en lugar de los doce que la pueblan en 1842, no habrá fuerza en el mundo, capaz de impedir a Hungría su avance hacia el mar Negro: acontecimiento decisivo que tendrá a raya para siempre la ofensiva rusa contra Constantinopla. La herencia de Turquía no está prometida sino a la raza germánica. El germanismo realizará su marcha envolvente, al abrigo de la extremidad del baluarte que, a modo de cabecera de puente, se habrá constituído por su posición estratégica sobre los Cárpatos y el Danubio inferior, guarnecido por sesenta millones de alemanes.

Ocioso es agregar que en el desarrollo de esta idea, List retrocedió provisoriamente algunos pasos, cuando en 1840 le pareció probable una guerra contra Francia. Desde entonces Alemania sintió un apetito tan voraz, y a fin de satisfacerlo, sus pensadores la preparaban para una guerra sobre dos frentes: una guerra sobre tres, ni los más ambiciosos de

ellos la concebían. Hasta el reinado de Luis Felipe, los alemanes creyeron a Francia, definitivamente fuera de todo juego; y teóricos tales como List sugerían ya en aquel tiempo a los alemanes, preparativos marítimos, a fin de amenazar a Inglaterra. La guerra contra Rusia, para que Alemania recogiera la herencia balcánica, entró siempre dentro de las previsiones alemanas.

Cuando en 1840 se advirtió que Francia revivía, comprendió List que Alemania debía de abatirla en primer término, y ofrecer a Inglaterra su amistad. Le designó, pues, a Egipto y Asia menor para que las ocupase, siempre que los ingleses quisieran tolerarló, con el ferrocarril a Bagdad, que él preconizaba, para establecer un tránsito directo entre Holanda y el Golfo Pérsico. Este tránsito sería como la arteria central, a la que afluirían los canales principales de la futura confederación agrupada en torno de Alemania.

De tal manera, por su ciencia y su actitud política, List precede a la política alemana contemporánea. Como ésta, se revela en métodos que une a la presión enérgica, la persuasión reflexiva. Estrangula a Holanda por la amenaza de graves tarifas de represalia, y para obtener que Inglaterra consienta en el *Zollverein* alemán, la pone ante el dilema famoso, que ofrece alianza o guerra, pero guerra inmediata. Es menester recordar ese plan que, so pretexto de reivindicar la igualdad de tratamiento para todas las potencias germánicas, exige Asia menor o Turquía para Austria, Hungría o Mesopotamia para la colonización alemana, Nueva Zelandia y una parte de Australia para Prusia; y ante todo, integración en un dominio económico, administrado por Alemania, de todos los países situados entre Ostende y el mar Negro.

La idea capital de List es la que más ha sobrevivido entre todas las que Alemania produjo durante el siglo XIX. Ninguna hubo que más inspirase a los estadistas alemanes contemporáneos. En ella tomaban su inspiración los consejeros que redactaban las arengas oficiales de Guillermo II. Era

una continuidad de enseñanza a la que ni el mismo Bismarck pudo substraerse. Pero el principal de los discípulos que la recogieron fué aquel joven mayor von Moltke, quien encargado de una misión militar en Turquía, escribió de 1841 a 1845, los tratados acerca de la cuestión de Oriente que hoy pueden leerse en sus *Obras militares.*

En aquel principado alemán que Moltke quería fundar en Jerusalem, con un príncipe alemán por soberano, con funcionarios civiles y militares alemanes, se reconoce el método de infiltración preconizado por List. En aquella su previsión de una Austria que hubiera podido abrir los brazos a la Servia suplicante, hállase compendiada toda la política austro-húngara bosquejada en el Congreso de Berlín. En aquella melancolía de Moltke, lamentándose de ver la riqueza de la sangre alemana perdida en el Far West, cuando Valaquia se halla próxima, y podrían propagarse hasta las bocas del Danubio la lengua, las instituciones y la cultura alemanas, ¿quién no reconoce el plan monótono pero tenazmente proseguido que se encuentra en los escritos de la *Liga Pangermanista* de hoy?

IV

La crisis de 1854 a 1859 y la nueva política prusiana. No en vano deben recordarse estas doctrinas antiguas. Ellas fueron poderosamente actuales en su tiempo. Fueron además los síntomas de una disposición de espíritu que no ha desaparecido. El plan pangermanista estuvo a punto de realizarse en 1854, y el proyecto fracasó por la vacilación de Prusia y Austria. Si aquélla hubiese tenido un Hertzberg en 1854, durante la guerra de Crimea, cuando Austria ocupaba Moldavia y Valaquia, ¿no hubiera sido posible acaso echar ante Rusia ese *cerrojo,* y cerrarle el camino de la península balcánica?

Austria ocupó los principados balcánicos, mas por no haber declarado la guerra a Rusia, no pudo conservarlos. Prusia, obligada por un acuerdo a marchar junto con Austria, si la guerra estallaba, disuadió a ésta. De donde se siguió que, al llegar la paz, no pudiesen obtener ninguna compensación en Polonia. Por última vez, en 1859, Austria hubiera podido efectuar la conquista de los Balcanes sin disparar un tiro. Napoleón III y el Piamonte, de acuerdo con Inglaterra, le ofrecían los principados danubianos a cambio de Lombardía. Francisco José prefirió la guerra contra Francia, después de haber vacilado ante la guerra contra Rusia. No logró los principados y, de todos modos, perdió a Lombardía. Ningún acontecimiento, durante el siglo XIX, tuvo mayores consecuencias. Debemos habituarnos a pensar que el punto en que los acontecimientos de la historia alemana toman otro giro se fija en aquellos años que transcurren entre la guerra de Crimea y la de Italia. Durante ellos, Prusia y Austria experimentaron el mayor contraste desde 1815. Lo sufrieron por su culpa, y con su sueño de Oriente, Alemania sacrificó entonces la supremacía que pretendía sobre Austria: ésta debió su sinsabor a la debilidad de su política; Prusia el suyo, a causas más complejas. La amistad personal estrecha del rey Federico Guillermo II y el zar influyó por mucho, y hasta su repugnancia a entrar en un nuevo sistema de alianzas hostil a Rusia, en el que, por añadidura, Napoleón imponía la ley.

Otra causa más poderosa fué que Prusia había tenido en la Dieta de Francfort, como lo tendría desde 1858 en San Petersburgo, un representante que sostenía una nueva política "específicamente prusiana", cuyo fin era desde luego quebrar la Confederación germánica en la que Prusia prevalecía, para rehacerla después de abatir a Austria. Ese representante era Bismarck.

La política de Bismarck señala un retorno al *federicianismo*, reprochado por Dietrich von Bülow a los estadistas

del gran rey, retorno que, en vez de unir a Prusia y Austria, poníalas una frente a otra. ¿Fué realmente un error? Nosotros lo creemos así, y los acontecimientos de 1914 a 1916 van a probarlo. Mas no era un error del punto de vista de la política "específicamente prusiana", en el supuesto de que tal política tuviese un porvenir seguro. Pues esta política dió a Prusia los triunfos de 1866, y a la Alemania unificada los de 1870, sin contar medio siglo de prosperidad económica, que el prestigio de aquellas victorias y una increíble tenacidad para explotarlas en hora propicia le valieron después al pueblo alemán.

Suele decirse que la nueva Alemania tuvo su principio con Bismarck. Es una perogrullada de la cual se infiere luego, con ligereza, que el pangermanismo proviene de la era bismarckiana. Si el pangermanismo es tanto una idea política como la creencia metafísica en una misión peculiar eminente del genio alemán, esta idea no fué la de Bismarck. Este duro realista nunca mostró inclinación a la "política conjetural" de largas miras. Sabía que el futuro durable de los pueblos se prepara por la conquista de sólidos puntos de apoyo en el presente. Y el presente, lejos de tender a unir a Alemania y Austria, había provocado entre una y otra, la guerra que muchos tenían por fratricida.

Pero el instinto popular no yerra, desde luego, porque el nuevo orgullo del pueblo alemán se había ciertamente nutrido de las victorias de 1866 y 1870; y sin este orgullo, la ambiciosa doctrina que pretendía se desbordasen por Europa y el mundo las masas profundas y la cultura tiránica de Austro-Alemania unificada no hubiera podido engendrarse. El orgullo de raza desafía toda comparación en un Bismarck. Había que oirle en su mesa, durante la campaña de Francia, demostrar que "el porvenir pertenecía a los pueblos germánicos"; reírse de la raza latina, grande, como él lo admitía, por su obra del pasado, pero destinada a disminuir y desaparecer. Sólo la raza germánica, a lo que él decía, conservaba la juventud, el vigor y la aptitud, necesarios a las empresas

de grande aliento. Los alemanes, cuando pudiesen curarse su manía nativa del *particularismo,* la discordia y la iniciativa aislada, tornaríanse en un torrente que abatiría irresistiblemente todo obstáculo puesto en su camino.

La existencia de los estados menores de Alemania y el derecho tradicional eran obstáculos que la política bismarckiana destruía, desencadenando el torrente de las masas prusianas. Lo que la opinión pública y la historia recuerdan es el trato que se dió a Hesse, Hanover y a la ciudad libre de Francfort. Encuéntrase allí el método en que se inspiró la violación de Sajonia bajo Federico II. Y al cabo de los esfuerzos bismarckianos, se halla esta alianza con Austria, que Bismarck pensaba volver durable, orgánica, y en la que veía la resurrección de la vieja idea *grande-alemana,* realizada, sin embargo, por medios que sus adversarios, sorprendidos por ellos, no comprendieron. Descúbrese también esta Triple Alianza, que él decía "prevista por Dios mismo", y que uniría de nuevo todo el gran territorio de la Europa central, por tanto tiempo desmembrado, y reharía el Santo Imperio Romano, por la colaboración de tres grandes potencias. Sólo Francia faltaba, para que se reconstituyese el imperio de Carlomagno. De ahí quizá las insinuaciones que se hizo a Francia para ganarla.

Pero estas miras permanecían como en lontananza; y lo que parece más lejano todavía del pensamiento bismarckiano es la idea de una expansión alemana en Turquía. Tan resuelto como estuviese Bismarck a conservar intacta a Austria, no azuzaba ninguna de sus ambiciones en la región balcánica, y se rehusó siempre a desencadenar por Bulgaria, una guerra europea que podía extender su devastación desde Moscú a los Pirineos y Palermo. En este sentido, fuerza es decir que Bismarck fué el más moderado de los pangermanistas.

Otro tanto ha de decirse de Treitschke, como quiera que tenga una reputación enteramente opuesta. Sin duda Treitschke, según la certera observación de Emilio Dürkheim,

"expuso con plena y clara conciencia todo el sistema moral y mental" que acaban de descubrir en el pueblo alemán los hechos desconcertantes de la guerra de 1914-1915, y que, constituído particularmente con la mira de la guerra, permaneció durante la paz en lo más recóndito de las conciencias" (1). Pero puede verse definido ese sistema moral y mental, motor invisible y eficaz de toda la acción alemana; y no se ha definido por ello el objetivo de aquella acción. La misma mentalidad existía en la antigua Prusia; y Heinrich von Treitschke, sajón de nacimiento, es señaladamente el hombre representativo de Prusia.

Treitschke representa ciertamente a una Prusia contraída por completo a unificar a Alemania; y mientras ésta se fundaba, Treitschke no la quería federativa: queríala estrictamente centralizada y unitaria, como Prusia misma. Quería que Alemania fuese como una prolongación de Prusia. Hay que confesar también que esta disposición de espíritu era una permanente amenaza para todos los vecinos de Alemania. El espíritu prusiano, los métodos prusianos no constituían, sin embargo, la esencia del pangermanismo: son solamente su medio de acción.

Este espíritu prusiano reside, esencialmente, en una concepción del Estado, de la que derivan formas de acción y de disciplina social temiblemente rigurosas. No debe creerse, sin embargo, que sean de origen étnicamente alemán. No sin razón se han vanagloriado los prusianos de su espíritu esparcíata y su disciplina romana. El espíritu del Renacimiento italiano, encarnado en un Maquiavelo, no les es extraño. La monarquía militar de un Gustavo Adolfo es un primer bosquejo de la Prusia federiciana. Pero es mucho decir que la Prusia de hoy sea supervivencia de una fauna social desaparecida de toda otra parte de Europa.

El Estado definido por el teórico del prusianismo es

---

(1) Véase el hermoso análisis de E. DÜRKHEIM, *L'Allemagne au-dessus de tout*. París, 1915.

potencia, y nada más que potencia. Su función única y, por tanto, su deber, es asegurar y engrandecer esta potencia. No hay para él otra moral que la de impedir se la lastime, por parte de los otros estados. Han porfiado algunos por definir la esencia del Estado: argucia vana. Desde que hay hombres unidos por las formas de la disciplina social que les aseguran la potencia, hay un Estado. Los derechos de este Estado van hasta el límite donde su fuerza se detiene. Hay, según Dietrich von Bülow, una esfera de acción militar de los estados; y según Friedrich List, una esfera de acción *económica* de las nacionalidades. Treitschke vuelve a tomar y generaliza los conceptos: los estados se definen por el radio de acción de su potencia. Un Estado pequeño no lo es: no puede defenderse. No subsiste más que por la tolerancia de los grandes. Pero la ley de los grandes estados es la que ellos se han dado o la que la guerra les impone.

El pensamiento profundo del espíritu prusiano implica que la guerra es moral, inevitable y santa. La guerra es para esas grandes personalidades morales, los estados, el solo medio de delimitar sus derechos. ¿Quién, pues, sería para ellos el juez? Los estados son potencias absolutas. Cuando se supusiera que hay un pensamiento impersonal para juzgarlos, no habría fuerza que les impusiese los pronunciamientos de aquel pensamiento; y ellos no admitirían una fuerza tal, a menos de ser forzados a ello.

Los estados no se dejan forzar más que por la guerra. En los procesos que se forman entre los estados, cuyas pretensiones chocan entre sí, los únicos argumentos decisivos son las victorias. No hay barbarie sino alta moralidad en enseñar a los ciudadanos de una nación, que sólo deben tener una preocupación durante la vida, a saber, la de dar a su país los medios de vencer, con el sacrificio de los propios intereses privados y del propio esparcimiento.

De tal manera la nación equivale exactamente a su organización militar. Fué justo que la civilización harto refi-

potencia, y nada más que potencia. Su función única y, por tanto, su deber, es asegurar y engrandecer esta potencia. No hay para él otra moral que la de impedir se la lastime, por parte de los otros estados. Han porfiado algunos por definir la esencia del Estado: argucia vana. Desde que hay hombres unidos por las formas de la disciplina social que les aseguran la potencia, hay un Estado. Los derechos de este Estado van hasta el límite donde su fuerza se detiene. Hay, según Dietrich von Bülow, una esfera de acción militar de los estados; y según Friedrich List, una esfera de acción *económica* de las nacionalidades. Treitschke vuelve a tomar y generaliza los conceptos: los estados se definen por el radio de acción de su potencia. Un Estado pequeño no lo es: no puede defenderse. No subsiste más que por la tolerancia de los grandes. Pero la ley de los grandes estados es la que ellos se han dado o la que la guerra les impone.

El pensamiento profundo del espíritu prusiano implica que la guerra es moral, inevitable y santa. La guerra es para esas grandes personalidades morales, los estados, el solo medio de delimitar sus derechos. ¿Quién, pues, sería para ellos el juez? Los estados son potencias absolutas. Cuando se supusiera que hay un pensamiento impersonal para juzgarlos, no habría fuerza que les impusiese los pronunciamientos de aquel pensamiento; y ellos no admitirían una fuerza tal, a menos de ser forzados a ello.

Los estados no se dejan forzar más que por la guerra. En los procesos que se forman entre los estados, cuyas pretensiones chocan entre sí, los únicos argumentos decisivos son las victorias. No hay barbarie sino alta moralidad en enseñar a los ciudadanos de una nación, que sólo deben tener una preocupación durante la vida, a saber, la de dar a su país los medios de vencer, con el sacrificio de los propios intereses privados y del propio esparcimiento.

De tal manera la nación equivale exactamente a su organización militar. Fué justo que la civilización harto refi-

nada de Grecia fuese aplastada por la civilización de Roma. Es también equitativo que una sociedad que desarrolla demasiado sus libertades en detrimento de su disciplina, sea vencida por una nación disciplinada. La demostración de tal hecho resulta de la prueba misma de la guerra en que se miden dos civilizaciones adversarias. La moralidad verdadera se reconoce asimismo por la victoria. Los títulos de la herencia silesiana de Federico II eran quizá jurídicamente discutibles: poco importaban esos títulos cuando se trataba del equilibrio europeo. No hubo usurpación en el hecho de asegurar la influencia durable al único estado viviente de Alemania. ¿Hubo acaso responsabilidad grave al cometerse una felonía tal? La audacia de las decisiones que comprometen esas responsabilidades permite descubrir a los monarcas verdaderos y a los jefes dignos de conducir a los pueblos. Prusia tuvo tales reyes y estadistas. Menos aun que en el pasado, ha de dejarse intimidar por "la vocinglería de los estados pequeños". No dejará de arrebatar a los grandes estados vecinos, provincias fértiles y ricas en hombres robustos, como Alsacia, cuando la tome de Francia. Por último, si un destino adverso apresurase la hora de la disgregación de la monarquía austro-húngara, será menester que el Imperio alemán se halle presto a salvar el germanismo, esto es, a incorporar las provincias alemanas de Austria. En este sentido puede afirmarse que el método prusiano es el instrumento de todas las tareas, sin exceptuar de ellas al pangermanismo.

V

El pangermanismo antibismarckiano. — Treitschke descubrió quizá de tal manera el pensamiento recóndito de Bismarck. Pero tal vez no fué sino un explorador de avanzada que, en el punto extremo de la vanguardia, contemplaba,

explorando el futuro, una iniciativa propia cuyo imprudente arrojo no hubiese aprobado Bismarck.

El esfuerzo propio de Bismarck fué asegurar a la política alemana, por la fuerza, los puntos de apoyo de que había menester para el futuro, y se detuvo en esos puntos. No hay pruebas de que meditase acerca de una marcha ofensiva de Prusia y Alemania, más allá de las fronteras fijadas por los tratados de 1864, 1866 y 1871, y por esto fué atacado en vida, por publicistas y partidos, que le reprochaban el haber recaído en la "falta federiciana". Bismarck construía una Alemania militarmente más fuerte pero políticamente disminuída. No era seguro que los rencores de Austria no persistiesen tenazmente. Aunque reducido a la impotencia y a una amistad conciliadora, el solo hecho de su exclusión volvía imposibles para lo sucesivo, ambiciones que para la *Gran Alemania* antigua no habían sido quiméricas.

El pangermanismo nuevo tiene por cimiento al viejo partido *gran alemán,* para el cual Austria debía seguir siendo parte integrante de Alemania. El Santo Imperio romano es, cabalmente, lo que se propone restaurar, y piensa que, para resucitarlo, no basta dar el nombre de imperio a una Prusia engrandecida. Dos publicistas de gran talento, Paul de Lagarde y Constantino Frantz, representaron en vida de Bismarck este ambicioso pensamiento; y porque la política brutal aunque prudente del canciller les parecía traicionar y aminorar la misión alemana, emplearon su vida en hostigarlo, por medio de panfletos, discursos y grandes obras. El pangermanismo contemporáneo debe a esos dos grandes hombres el más claro de sus programas.

Ambos escritores figuran entre los más escuchados de su tiempo; pero la admiración que se les profesaba fué por mucho tiempo platónica. Bismarck era demasiado poderoso y hallábase harto seguro de su método de acción, para que un movimiento de intelectuales elocuentes pudiese hacerle mella. Lo que Paul de Lagarde y Constantino Frantz aparejaron en

el espíritu alemán, las voluntades oscuras y reprimidas pero muy luego exteriorizadas en un delirio enorme, está hoy ante nuestros ojos.

El punto de partida filosófico de los dos grandes pangermanistas no es el mismo. Paul de Lagarde proviene de Fichte. Esfuérzase por despertar en 1870 el entusiasmo bélico de 1813. Representa a las maravillas una peculiaridad del espíritu alemán, mucho más difundida de lo que suele creerse, una hipocondría que, hasta en pleno triunfo, rebosa todavía de amargura, y da en el delirio de persecución. Para esos hombres irritables, ninguna precaución es excesiva, contra vecinos que estiman malévolos por el solo hecho de existir.

Para Paul de Lagarde no hay otras tareas en el mundo que las religiosas: la religión como el pensamiento nace de la vida misma. Toda nación como todo individuo se crea necesariamente su religión. Detener una nación en su crecimiento es inferirle un daño mucho mayor que el daño material: es como si se impidiese nacer a una gran persona moral y religiosa; es quitar a esta nación y a todos los ciudadanos de la misma, una posibilidad de asegurar su salvación: obra sacrílega, que usurpa las prerrogativas divinas. Dios no ha de permitirlo, cuando se trata de una raza tan altamente dotada para la investigación religiosa, como la raza germánica.

Dietrich von Bülow, Friedrich List y Einrich von Treitschke asignaron a cada nación una esfera de acción militar o económica, una esfera de potencia. Paul de Lagarde define para cada una de ellas una esfera de acción religiosa. Pero esta misma vida espiritual supone condiciones materiales. Si un pueblo ha de alumbrar una religión nueva, acaso libertadora del mundo, ha menester de una extensión suficiente de tierras para multiplicarse y defenderse.

Paul de Lagarde guardaba rencor a Bismarck, porque, pudiendo hacerlo, no realizó las condiciones que asegurarían el destino religioso del pueblo alemán. Pudo tomar a Francia la ciudad de Belfort y todas las alturas de los Vosgos; pudo también conquistar Luxemburgo; y no lo hizo. Sobre la fron-

tera oriental, igual imprevisión: la caballería cosaca puede por un golpe de mano apoderarse de la desembocadura del Vístula, desde el Pregel, desde el Memel. No quiere recordarse que Varsòvia perteneció a Prusia, y que la línea de Vilna, Grodno, Brest-Litowsk es necesaria para la tranquilidad de Alemania. Cultívase una imposible amistad rusa, cuando ante todo es indispensable expulsar a Rusia de Polonia y de las orillas del mar Negro.

A esta grave aberración, únese la política de guerra contra Austria: ésta carece ciertamente de una raza dirigente bastante numerosa. Con diez millones de austríacos, ¿cómo podría frenar otros tantos magiares y catorce millones de otros pueblos, casi todos eslavos? Págase hoy el error de haber querido impedir a Austria, que se anexionase a Baviera y se extendiese hasta el Rin, error que proviene de Federico II. Expíase el crimen de haber arrojado a Austria de Alemania, que Bismarck comparte con Federico II. El germanismo expía lo que fué culpa de algunos hombres.

Queda una salida: volver al plan de Federico List, esto es, colonizar a Hungría y las regiones eslavas de Austria. Tiene Alemania exceso de príncipes sin principado, demasiados hidalgos pelones en asedio de las antecámaras ministeriales, exceso de proletarios sin un hato de tierra. Hungría y las provincias eslavas de Austria tienen demasiadas nacionalidades sin príncipes; demasiadas regiones mal administradas; exceso de tierras insuficientemente cultivadas. Puede hacerse un cambio: en Hungría, Eslavonia y Bohemia, los príncipes alemanes pueden hallar soberanías; la *gentry* alemana podría encontrar dominios y funciones honoríficas; el exceso del proletariado alemán, tierras cultivables, a precio módico.

En los territorios reservados se encerrarán las aglomeraciones humanas no germánicas de Hungría y las regiones eslavas, como los Pieles-rojas de América. Serán deportados a las orillas septentrionales del mar Negro evacuadas por los

rusos, todos los rumanos de Moldavia y Valaquia, para dejar el sitio a los alemanes.

La emigración alemana cuyo torrente se pierde en los Estados Unidos, sin beneficio para la metrópoli, será prohibida para toda otra región que no sea Austria-Hungría. Una unión aduanera durable y una alianza militar permanente unirán los imperios de los Habsbourg y los Hohenzollern. Habrá en fin una Europa central digna de tal nombre, territorio coherente y protegido, que podrá denominarse *Germania*, y un imperio alemán; en tanto que hoy no existen sino miembros desunidos y mal defendidos. Tal plan, el único digno de la política alemana, según Paul de Lagarde, creará el cimiento de una cultura alemana prevista en los designios de Dios. Oponerse a este plan es, pues, atacar a los alemanes en lo que tienen de más sagrado. No hay duda entonces de que Alemania tiene, otorgado por Dios mismo, el derecho de imponer por la fuerza el plan necesario a su salvación.

Entre Constantino Frantz y Paul de Lagarde hay una relación semejante a la que hay entre Bismarck y Treitschke. Paul de Lagarde es unitario riguroso como Treitschke, pero extendería a Prusia hasta el mar Negro y el Argonne; en tanto que Treitschke la detiene en los Vosgos y en las fronteras de Silesia. Constantino Frantz es federalista como Bismarck; pero es antibismarckiano por su noción del derecho público, donde Treitscke daba completa adhesión a Bismarck.

Alemania no ha producido jamás, quizás, un genio más opuesto al prusiano que Constantino Frantz, prusiano de la provincia de Sajonia. Todo cuanto en la doctrina prusiana nos hiere, a saber, el racionalismo de Estado que coloca la salvación pública por encima de la moral, ese *jus utendi et abutendi* que reclama para el Estado, respecto a todas las realidades sociales de que la potencia se ha enseñoreado, y de que ella usa, como bajo el derecho privado no se usa sino de los objetos materiales, la política de anexiones continuas que proviene de tal noción del derecho, y es como el fundamento de la Alemania actual: todo ello es objeto de animad-

versión violenta por parte de Constantino Frantz. Su filosofía propia de la historia es de total inspiración cristiana. Y pues el Cristianismo no concibe ninguna nación sino en su relación con la humanidad, ni concibe la humanidad sino en relación con Dios, ¿cómo habría Frantz aprobado una política "específicamente prusiana" como la de Bismarck?

Frantz es, en verdad, el último adepto del Santo Imperio romano germánico. Estos términos han de tomarse en su sentido literal: trátase de un imperio donde el espíritu romano sería *regenerado* por el Cristianismo, y del que la nación alemana sólo sería el sustentáculo. Según esto, el Santo Imperio fué siempre una institución superior a las naciones: noción ciertamente muy ajena a Prusia, estado estrechamente nacional, y formado por modo artificial, en este período de disolución europea, en el que todos los pueblos, estrechados sobre sí mismos, consolidáronse por la fuerza, sin consideración por sus vecinos. A este período crítico ya terminado, ha de suceder, según Constantino Frantz, una nueva era orgánica de reconstrucción, que será la de la Alemania imperial restaurada.

Hay aquí, como puede verse, la grave tergiversación de una idea que se anunciaba tan simpática. Constantino Frantz ve claro cuando juzga a Prusia, pueblo de colonos rudos que, en su dura labor de desmonte y exterminio, forjóse un carácter dominador y brutal. Es perspicaz en su juicio sobre Austria-Hungría, *marca* o frontera militar también ella, donde los magiares, al contacto de los turcos, forjáronse también una mentalidad no menos ruda de colonos, y donde la dinastía guarda las tradiciones absolutistas, que son como supervivencia de una época, en la que fué menester oprimir por la fuerza, a quince pueblos conquistados.

La Alemania verdadera no es la de sus *marcas:* no puede seguir, pues, ni la política de los Habsburgos ni la política prusiana. Alemania está íntegra en aquella su parte occidental, que es el foco de su civilización más antigua, y cuya desmembración ulterior la redujo a la impotencia. En el centro

de la nueva Alemania estaría esta Alemania occidental, reunida en un conjunto federativo, y con la cual estarían tambiín reunidas, por el mismo vínculo federal y no por vínculo de soberanía, las marcas antiguas, Prusia y Austria, que de ella emanaron y después quisieron tiranizar.

¿Por qué hay peligros temibles para Europa, como latentes, así en esta doctrina como en la de Lagarde? Porque la idea de reconstruir una Europa central bajo la hegemonía prusiana entraña la desmembración de los vecinos. ¿Cómo entendernos con el teórico que reprocha a Bismarck el no haber humillado con bastante severidad a Francia, y no haberle arrancado Flandes y Lorena? Un gran ducado de Metz, con un príncipe de Nassau por soberano, a quien tocase después la herencia de Luxemburgo; una Alsacia reunida al país de Baden; un Franco Condado, una Borgoña y una Saboya autónomas, y vinculadas a la Confederación germánica: tal era el proyecto de Constantino Frantz. No es consolador para nosotros, que él pretendiese de tal modo, no *conquistarlas* sino *emanciparlas* de la política de piratería francesa, cuando Francia se apoderó de los Tres Obispados.

Por el frente oriental, esta política cristiana no es menos inquietante. Constantino Frantz no habría dejado aplastar a Polonia en 1863, como lo hizo Bismarck para obtener la neutralidad de Rusia en 1866 y 1870. No supongamos por esto que piense en la emancipación de Polonia. La gran guerra ofensiva contra Rusia, que le parece necesaria, y que Alemania debe afrontar de concierto con Austria, tendría por objeto, ante todo, alejar la frontera alemana hasta el Düna y el Bug, y hasta el lago Peipus en Rusia. Una vasta circunvalación de ducados polacos, con sus capitales en Bromberg, Gnesen, Posen, Vilna y Varsovia, protegería el corazón del Imperio. Austria sería extendida hacia los Balcanes. Bismarck pronunció una palabra irreparable, cuando declaró que la cuestión de Oriente "no valía los huesos de un granadero pomeriano". Según Constantino Frantz, "la colonización de

Oriente ha de considerarse como cuestión vital para Alemania".

De tal suerte se constituiría en el centro de Europa un conjunto comparable al antiguo Santo Imperio. El núcleo central del mismo se compondría de los viejos estados alemanes situados al oeste del Elba. Prusia y Austria-Hungría, países de colonización, agregaríanse, por un tratado ofensivo y defensivo perpetuo, a esta federación, en la que el espíritu prusiano no tendría ya carácter de dirigente. Todos los estados que se escalonasen desde las orillas lituanas por el Beresina, hasta las bocas del Danubio, y los de lengua holandesa, flamenca, francesa o alemana, que, desde el mar del Norte a los Alpes de Saboya, formasen como un rosario de ducados en estrecho enlace con Alemania, se reunirían en una *Confoederatio latissima,* mediante un parlamento común, y tratados más flexibles y convenciones militares y aduaneras, discutidas en aquel parlamento.

Esta grande obra, decía Constantino Frantz, bien vale una guerra que será la última; será también el aniquilamiento de Prusia, que se fundiría dentro de una Alemania, cuya función propia, como en la Edad Media, sería realizar la unión entre los pueblos. Pero esta política suponía, en la mente de Constantino Frantz, la neutralidad de Inglaterra. Suponía el abandono de un ensueño: el de "la más grande Alemania, más allá del mar", conquistada por fuerza de armamentos navales. La supremacía alemana en el mar no podría forjarse sino sobre las ruinas de la potencia británica, y si ésta siente acentuarse la amenaza alemana, uniráse a los enemigos que Alemania se halla obligada a provocar por sí misma, si ha de realizar su misión en el mundo.

De todos los orgullosos recuerdos con que se ha compuesto el ensueño pangermanista, el de las Hansas enseñoreadas de los mares es el único que Constantino Frantz aconseja a sus compatriotas dejen adormecer. Advertencia sabia, a la que, sin embargo, han permanecido insensibles. Por esto,

se realizará sin palabrerío, por consentimiento de Inglaterra a la coalición necesaria de los estados europeos insurreccionados, otra previsión de Frantz: el derrumbamiento próximo de un imperio fundado en el principio prusiano de la fuerza pura.

* * *

Puede dudarse acerca de la demostración que acabamos de hacer, cuya verificación documental será posible con la antología de escritores pangermanistas que sigue a continuación (1). ¿Qué relación, se dirá, pueden tener los acontecimientos de hoy (1915) con los viejos libros escalonados entre 1800 y 1900? Pues que los libros de los escritores pangermanistas hoy más escuchados, los manifiestos de las ligas navales o coloniales, los programas de los partidos imperialistas o conservadores, beben, todos a una, en aquellos viejos libros. Haremos la demostración complementaria en otras antologías (2). Tan minuciosa como sea, sin embargo, puede no parecer convincente. ¿No podría decirse acaso que todos esos proyectos habrían permanecido como en la crisálida de la utopía sin el poderío alemán que ha intentado insuflarles vida tan temible? Y cuando ese poderío alemán se constituyese, ¿no habría engendrado por sí solo, ensueños parecidos a los que pueden leerse en las páginas de la antología?

La objeción carece de consistencia. No hay en la historia concreta, de un lado la vida del espíritu, y de otro la de la acción. El pensamiento emana de la vida, y, recíprocamen-

---

(1) CH. ANDLER, *Les Origines du Pangermanisme*, París, 1915.

(2) CH. ANDLER, *Usages de la guerre et la doctrine de guerre de l'Etat-major Allemand*, París, 1915. ID., *Le pangermanisme, ses plans d'expansion colonial dans le monde*, París, 1915. ID., *Le pangermanisme philosophique: 1800-1914*, París, 1917. ID., *La décomposition politique du socialisme allemand, 1914-1919*, París, 1919.

te, la estimula. Las ideas son síntomas pero también llamamientos. Traducen necesidades, urgentes o inciertas, que comienzan como a brotar de la conciencia; pero también se fijan y concentran deseos difundidos, que aun no tenían objeto. Los gobernantes de un pueblo crecen en esta atmósfera de ideas o de voluntades colectivas que se congregan o están ya tradicionalmente fijadas. En ella se impregnan de los deseos comunes, mediante fórmulas que los libros les proporcionan. A tales ideas, algo agregan o recortan; pero mucho es lo que de ellas conservan, para conducir luego al pueblo, con palabras, a las cuales ellos saben que aquél, por educación, ha de ser dócil. La predicación pangermanista tiene ya un siglo de edad, y ha entrado profundamente en el pueblo alemán, por una enseñanza y una repetición tan monótonas de sus temas principales, que aquel pueblo, por fuerza de la costumbre, ha llegado a creer en ellos como si fuesen la verdad.

CHARLES ANDLER.